

CUANDO TODO ESTÁ OSCURO

FORTALECIDOS en La esperanza

ÉBANO MUERTO

quisqueya en Lo alto

La bruma de tus ojos

AMOR Y JUSTICIA
POR MI TIERRA

MI DIBUJO DE
HALCÓN PEREGRINO

CRISTAL

presagio

Relatos Ganadores *Concurso Literario Letra Natural*

1ra. edición

Textos

Sarah Eliza Suzaña Perez
Karina Maria Rodriguez
María Gabriela Caram
Miguel Angel Perez Hernandez
María Laura Dalmau
Laura Leticia Morales Araujo
Koichi Kasahara Fernandez
Carol Nicole Lopez Catheline
Endhira Venecia Moreta Nunez

ILUSTRACIONES

Laura López del Tejo

Diseño y Diagramación

Vega Grupo Creativo

Impresión

Amigo del Hogar

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la reproducción (electrónica, química, mecánica, óptica, de grabación o de fotocopia), distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de esta publicación -incluido el diseño de la cubierta- sin la previa autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual y de la editorial. La infracción de estos derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en República Dominicana
Fundación Propa-Gas



PRIMER LUGAR

CUANDO TODO ESTÁ OSCURO

Por: Sarah Eliza Suzaña Perez

SEGUNDO LUGAR

FORTALECIDOS EN LA ESPERANZA

Por: Karina María Rodríguez

TERCER LUGAR

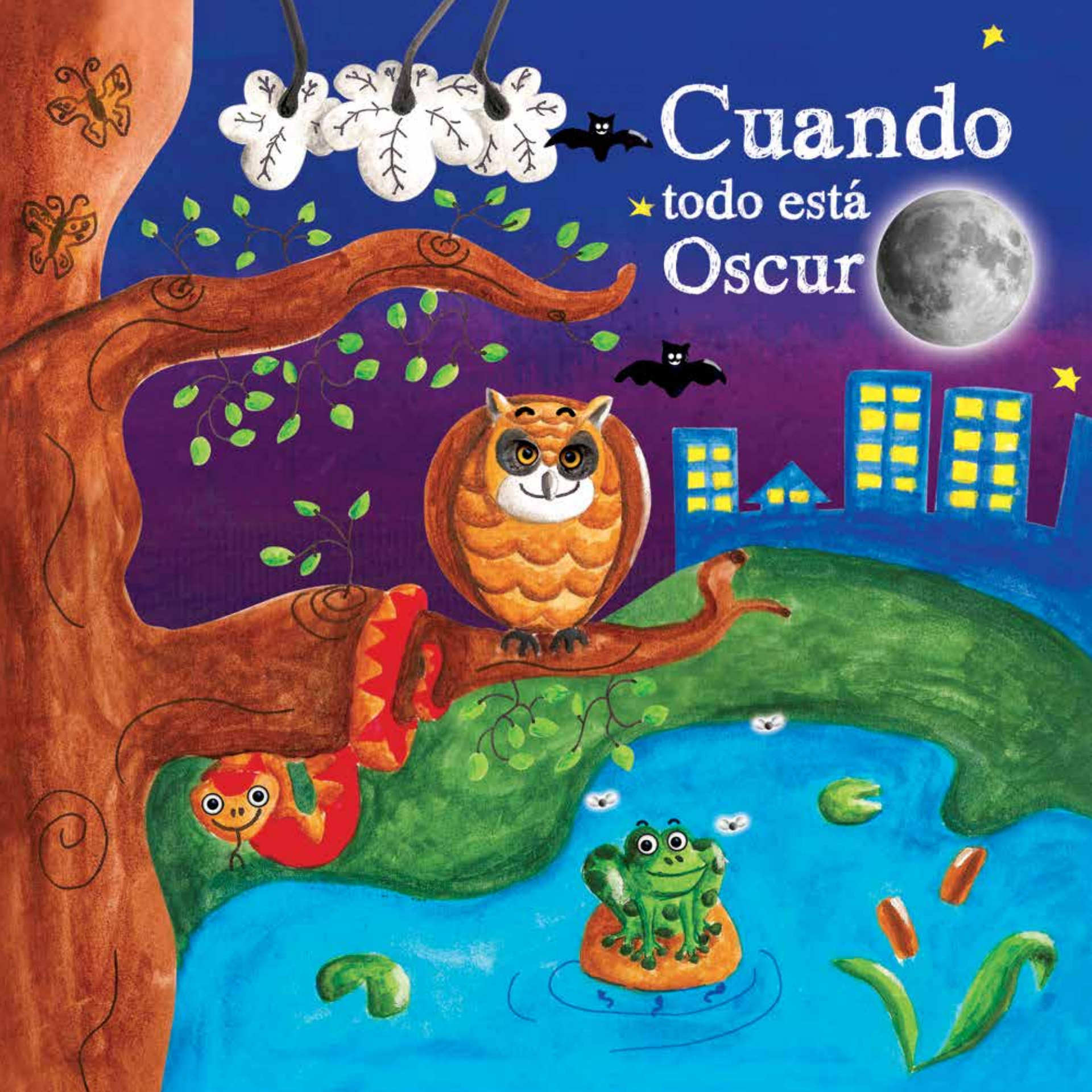
ÉBANO MUERTO

Por: María Gabriela Caram

Cuando

★ todo está

Oscuro



Cuando TODO ESTÁ OSCURO

Por: Sarah Eliza Suzaña Perez

Cuando todo está oscuro, tan oscuro que los árboles son apenas sombras apretadas que se mezclan, se abrazan, se confunden, sombras compactas que soportan con levedad los retozos y los destellos de las luciérnagas, el bosque se transforma. Los murciélagos rondan las copas de los árboles y trazan figuras en el cielo tal cual líneas imaginarias de filigrana. Las mariposas nocturnas abandonan los matorrales atraídas por el canto del viento del valle. De vez en cuando, aparece una gran mariposa de color pardo que vuela hasta el poblado a posarse en los dinteles de las casas. En el pasto, los grillos inician un concierto, sacando notas del frote de sus patas; un saltamontes que quiere acompañarlos nunca encuentra la ubicación exacta de la orquesta. No muy lejos de allí, un maco suma al coro su croar grave y potente.

Entre las ramas de los árboles, y por el suelo, los roedores correteaban en busca de alimento. Ratones de campo, cuyo pelaje de tono dudoso motivó a que se llamara a ese color "castaño ratón", salían de sus madrigueras al caer el sol y con sus patitas armaban constelaciones con semillas por estrellas y frutitas esparcidas por el suelo. También se asomaba un Carrao, de patas zancudas de color oscuro, con las que escarbaba debajo de ramas secas sin darse cuenta siquiera, que estaba cerca del nido de un avecita muy tímida, que se escondía entre palitos y hojas en el suelo. Del nido disimulado en la hojarasca sobresalían dos ojos grandes que se abrían a la noche: era el nido de un Torico. En las ramas de un árbol de Guácima, cuyos frutos codician los caprinos, se mecía la Lechuza de la Sabana al vaivén de la brisa. Ella lo ve todo y se da cuenta de todo. Ella conoce todo acerca de su hogar, en la Reserva Forestal Cabeza de Toro, en los límites de la provincia de Azua, en la región suroeste del país.

A pesar de que en nuestro país hay una fauna diversa y abundante, no es otra sino la Lechuza Sabanera la que recorre los aires sureños vigilando los campos, como guardiana eterna de la noche. Por ello, todos los animales confiaban en ella, y recurrían a ella para los más variados favores. Esa noche el murciélago le preguntó cómo recobrar el equilibrio y perfeccionar sus acrobacias, pues no podía ver nada y temía marearse y chocar con algo. La lechuza le sugirió volar más alto y desplegar por completo sus alas. Las mariposas nocturnas le preguntaron cuál era el tronco cuya corteza se asemejaba más al estampado de sus alas. -"los palos del Yagrumo"- contestó la lechuza y les sugirió que los buscaran cerca del río, pues allí los encuentran, fáciles de reconocer por la bitonali-

dad de sus hojas. También aconsejó a los grillos que ensayaban sus cantos “afinar aquí, acentuar las voces graves allá”.

Una Rana Toro, agitada, desorientada, que había perdido de vista a sus renacuajos, le pidió a la Lechuza de la Sabana que con sus ojos profundos y vivaces, cuyas pupilas dilatadas resplandecen en la oscuridad de la noche, le ayudara a encontrar a sus crías. La lechuza estiró sus alas oscuras y emprendió el vuelo.

A pesar de la oscuridad de la noche, desde lo alto se veían los reflejos de un árbol en las montañas, cuyas flores resplandecían como el fuego. Aunque tenía muchos nombres, como Chivato, Acacia Roja, Malinche, Tabachin, árbol de fuego y hasta Gulmohar, la Lechuza Sabanera lo recordaba siempre como Flamboyán, pues fue el nombre que, desde que era un pichón, escuchó de la boca de los hombres que sembraban la tierra y de las mujeres que iban a llenar cántaros al río.

Flamboyán, guayaba: los recuerdos se fueron encadenando. Recordó con nostalgia aquella niña campesina que conoció cuando era joven, una tarde en que volaba por cielos sanjuaneros y se posó en las ramas de un árbol de guayaba cargadas de frutos pintones, manchados de amarillo, verde claro y dorado, cuya fragancia penetrante, ácida, dulzona inundaba el patio y los alrededores de la bella casa de madera con techo de hojas de zinc pintadas de escarlata, donde vivía aquella niña con su madre. Recordó que anocheecía cuando la vio por primera vez. Tenía unos nueve años de edad, piel cobriza y ojos grandes, vivaces, intensos, color café. Llevaba puesto un vestido desteñido de colores ocres opacos que una vez formaron un brillante estampado de flores. La niña había salido al patio sin que la lechuza la sintiera y se le acercaba en silencio, pasito a pasito, hasta que inadvertidamente pisó unas ramas secas. Recordó que en ese momento se volvió y la descubrió. ¿Cómo olvidar el gesto de sorpresa de aquella niña al darse cuenta de que la miraba? Se quedó inmóvil por un momento, acaso por la impresión que le provocaba este enorme pájaro de ojos grandes posado en la mata de guayaba. Nos miramos con asombro, intrigadas, atraídas por la sorpresa, turbadas por el encuentro, sin saber qué hacer. Pero la curiosidad pudo más y la niña continuó acercándose lentamente a la rama donde me encontraba.

Súbitamente, la madre de la niña salió de la casa en pos de su pequeña. Cuando me vio, largó un grito y apresuradamente haló a su hija por el brazo, prácticamente arrastrándola al interior de la casa de madera color verde. Después me enteré que durante toda esa noche, decenas de personas, encendieron velas y entonaron canciones y plegarias hasta la llegada del alba.

“¿Por qué reaccionan de esa manera? ¿Qué les hemos hecho? ¿Será que creen que soy peligrosa?”, pensó la lechuza, y se fue de regreso a su hogar, antes de que saliera el sol, extrañada por lo que había pasado. En el camino se detuvo a comer un ratón que excavaba la tierra alrededor del agujero donde vivía una vieja e inmensa Araña Cacata, peluda, de color rojizo y patas fuertes. La araña, salió a la superficie al notar que el ratón ya no la molestaba. Entonces vio a la Lechuza Sabanera; agradecida porque la había librado del ratón, le preguntó qué podía hacer por ella.

Pensativa, como siempre, la lechuza dudó antes de relatarle el incidente con la niña. La araña le contó a la lechuza los mitos que existen en el pueblo sobre ella. Según algunos, es portadora de malas noticias, pájaro de mal agüero. Dicen que cuando una lechuza visita algún poblado es señal de que algo malo sucederá. Por ello, los habitantes del pueblo pernoctaron a la luz de la lumbre, invocando a sus santos. La lechuza agradeció la respuesta de la araña y continuó su vuelo, un poco entristecida por la reputación que descubrió que tenían. ¿Que habrá sido de aquella niña?

Después de recordar aquella experiencia, la lechuza reanudó la búsqueda de los renacuajos de la Rana Toro. Recorrió las orillas de manantiales, pozas, riachuelos sin dar con ellos. Llegó hasta las orillas del Yaque del Sur, el río más importante de esa parte del país, que con sus aguas tranquilas y extensas ofrecía medios y maneras de subsistir a tantas personas, animales y plantas, aún en tiempo de sequía. Con su aguda vista, alcanzó a ver un charco entre las rocas, donde nadaban unos pequeños renacuajos, ajenos a lo que sucedía a sus alrededores, “y ajenos tal vez - pensó la lechuza- a lo preocupada y cansada que debía estar el resto de su familia, croando desesperada en los alrededores del río, buscando quien les ayude a encontrar a sus pequeños”.

Las crías de rana chapoteaban, jugueteaban indiferentes a la preocupación de su madre y de los demás. La lechuza llegó donde estaban ellas. Bastó su presencia para que prevaleciera la calma; su figura invitaba al silencio, su mirada inspiraba respeto. Después de darles una reprimenda por el atrevimiento de irse a nadar al río sin el permiso de sus mayores, la lechuza les explicó que si nadaban río abajo se encontrarían con su mamá. Dejó los renacuajos y regresó donde estaba la Rana Toro. Le indicó que aquellos se encontraban río arriba. La Lechuza de la Sabana sintió una profunda satisfacción al anticipar la alegría del encuentro de la Rana Toro con sus crías.

A pesar del inmenso cariño que les profesaba, y de la alegría de tenerlos consigo, ¡cuántos reproches les habrá hecho la madre rana a sus hijos al encontrarse en el río! Pero éstos, además de estar profundamente arrepentidos y de prometer, jurando sobre sus efímeras

colitas, no volver a hacerlo jamás, soñaron despiertos durante todo el camino de regreso a casa con la imagen del reflejo de las plumas en tonos amarillentos y negruzcos de la Lechuza Sabanera emprendiendo el vuelo a la luz de la luna.

Finalizada la misión, la lechuza regresó a casa. Desde su rama, en el árbol de Guácima, miró a su alrededor para asegurarse de que todo estaba bien. De repente, escuchó un fuerte sonido, de ¡tZZZZZZtZZZZtZ! que alarmó sensiblemente a los animales, en particular a los más viejos que sospechaban temerosos cuál era su origen, qué lo producía.

Los murciélagos abandonaron sus giros aéreos y buscaron refugio en las cuevas. Las mariposas se posaron en las ramas altas de los árboles. Más abajo, los grillos guardaban silencio y las luciérnagas ya no resplandecían. En el suelo, tanto el Torico como el Carrao volvieron a sus nidos y los ratones de campo a sus madrigueras.

La Lechuza Sabanera bajó a tierra a investigar qué o quien provocaba tales reacciones de miedo. Resuelta a proteger el bosque hasta el fin de su vida, buscó y buscó hasta que escuchó el sonido silbante, estridente, que estremecía a todos los animales. Volvió la cabeza y allí en el fondo de su propio nido descubrió unos enormes ojos ámbar que la miraban desde la penumbra. ¡Eran los ojos de la Culebra Jabada!

Había venido desde muy lejos. Por culpa de la deforestación se quedó sin hogar. Huyó de pueblo en pueblo, temerosa de que las personas lograran matarla. La gente no entendía lo importante que era la culebra para la vida del lugar, para el equilibrio ecológico. Comprendió de que así no podía seguir viviendo y salió en busca de dónde vivir. Los lugares donde había estado estaban muy contaminados, o deforestados, o desérticos. Triste, sola, abatida, abandonó el Valle de San Juan, donde nació y vivía. Siguió el curso del río, arrastrando sus escamas castañas. Sorteando peligros y sinsabores, la Culebra Jabada llegó al hogar de la lechuza. Y allí estaba, solícita, humilde, desafiante. La Culebra Jabada miraba de hito en hito a la Lechuza Sabanera, guardiana eterna de la Reserva, como si preguntara y se preguntara si finalmente había encontrado un lugar donde vivir en paz.

Aunque la sacudió la presencia de la culebra, la lechuza tenía agallas y no se dejó intimidar por el tamaño, la fuerza, o la reputación bien o mal ganada de aquella. Mirándola a los ojos, se dio cuenta de por qué la Culebra Jabada llegó hasta allí. Percibió su miedo, adivinó los motivos de su desesperanza y sus razones para huir. La lechuza pensó en lo triste que se sentía la culebra; así se sintió ella la vez cuando la madre se llevó aquella niña a la fuerza. Los ojos inquisidores de la lechuza se tornaron suaves, compasivos. Con una mirada dulce y diáfana que fue su respuesta y confirmación a la solicitud de la

culebra de que le permitiera quedarse, batió las alas y voló anunciando a todos que el peligro había pasado.

Poco a poco, los murciélagos, los roedores, los insectos, los anfibios, aves y otros, salieron de sus escondites devolviéndole la vida a Cabeza de Toro. Las luciérnagas tintinean, las ranas croan, los grillos chirrían y el ulular de los demás animales hace coro con el viento. Este último lleva las voces a todos aquellos rincones donde tú crees que gobierna el silencio. Si afinas bien el oído no solamente escucharás el silbar de una Culebra Jabada, alegre de tener un lugar seguro donde vivir, sino también el cantar de una Lechuza Sabanera volando sobre su hogar; lugar donde, contrario a lo que muchos piensan, la vida no es tan tranquila cuando todo está oscuro.



Fortalecidos en la Esperanza



FORTALECIDOS EN LA ESPERANZA

Por: Karina María Rodríguez

Fue en una de esas deslumbrantes tardes otoñales de intensos matices que contrastaban con los de las hojas caídas, las mismas que levantaba el viento y convertía, por un momento, en un enjambre luminoso y mágico de mariposas otoñales. Fue allá, en lo más alto de la Cordillera Central, donde nacen importantes ríos de un agua celestial, donde se encuentra Valle Nuevo rodeado de pinares y bosques como el Mechecito y el Pichón.

Cardelio, el canario, estaba más callado que lo habitual. De vez en cuando dejaba escuchar, por lo bajo, un pitido triste. No se le oía cantar, ni hacía gala de su acostumbrada picardía.

Las bandadas de golondrinitas verdes se tornaron oscuras y un aire de melancolía abatió sus nidos. El lagarto Anolio no se arrastraba con elegancia, a diestra y siniestra, y su madre Susanita no paraba de gritar. Iván, el jilguerillo de hermosos colores, que aborrece demasiado los cambios, se mostraba molesto, al punto que abandonó la búsqueda usual de flores y frutos.

Las cigüitas palmeras no volaban tan alto ni con la libertad con que suelen hacerlo, principalmente Dulinda, que no recibió a los visitantes con flores, como acostumbraba. El conejo Silvio, quien tenía fama de glotón, no había ingerido ni una ramita en todo el día.

La rana Eleutia, a quien le encantaba coquetear con los demás animales del valle, no emitía su típico sonido de croa croa, ni saltaba, ni buscaba pareja. Las flores no liberaban su dulce polen y los árboles no reían, lo que hizo que sus frutos se tornaran amargos. Algo malo, algo terrible había ocurrido ese día.

Como en cada fin de semana, llegó al valle Nidia, el Hada Madrina, una hermosa y diminuta niña con alas multicolores y pelo rubio que brillaba como rayitos de sol. Nidia, custodia de la naturaleza, iba de visita para asegurarse de que los animales estuviesen felices y no les faltara nada. Al posarse en tierra, esa tarde, no le tomó mucho tiempo darse cuenta que algo raro sucedía. Usualmente, al llegar, Nidia sentía una vibra alegre y misteriosa, como si estuviera en casa, pero ese día percibió una extraña sensación de nostalgia, pena y rabia que hasta entonces desconocía. Buscó y buscó a los animales. Buscó en los ríos, debajo de las palmas y de los pinos criollos, en Las Pirámides, en las cuevas, y no los encontraba. Los encontró reunidos más tarde, ocultos en lo más profundo del valle,

cabizbajos y silenciosos. Las flores de ébano verde y las simpáticas caritas de hombre no paraban de llorar.

- ¿A ustedes que les pasa? – preguntó confundida Nidia.

- ¡Se ha ido! ¡Se ha ido! – exclamó Susanita.

-¿Quién se ha ido, Susanita? Dime quién. - dijo Nidia

- ¡Zonolis, la cigüita! Unos niños humanos jugaban con sus pelotas y ¡BAM!, golpearon a la pobre Zonolis. Ella cayó al suelo y, los que la vieron dicen que no podía moverse ni respirar. Ellos se la llevaron, muchos creen que murió.- contestó Susanita.

Nidia estaba estupefacta, no podía creer lo que sus orejitas acababan de escuchar. Zonolis era, sin duda alguna, alguien muy especial para ella y para todos los animales en el valle. Una cigua de Constanza amistosa, solidaria, muy inteligente, increíblemente ágil, así era Zonolis.

- ¡No puede ser!- exclamó Nidia mientras sus verdes ojos se llenaban de lágrimas.

- Esos humanos nunca han traído nada bueno al Valle. Destruyen las plantas, maltratan nuestro hábitat, desperdician el agua y arrojan desperdicios por todas partes. Es más, todavía no nos recuperamos del incendio y ya causaron otra desgracia- dijo la iguana Ivana.

- Si, es cierto. Todos son iguales - afirmó el conejo Silvio.

Los días pasaron y los animales y las plantas seguían igual de tristes e indignados. El brillo, la alegría de Valle Nuevo se habían desvanecido; sólo había lamentos, lágrimas y dolor. Estaban resentidos con los humanos y estaban formando grupos para vengar la muerte de una de sus más queridas compañeras. Planeaban derrumbar las casas de las personas que habitaban en el Valle, dejarlos sin nada de comer y destruirles sus posesiones más preciadas.

- ¡Los eliminaremos, ya no podrán causarnos ningún mal!- gritaban los animales.

- Les haremos pagar todo el daño que han causado.- dijo la rana Eleutia.

Todos buscaban reprender a los humanos. Todos menos Cardelio el canario y el lagarto Anolio. Cardelio no estaba de acuerdo con la actitud que habían adoptado los demás animales del Valle; la consideraba perversa y ruin. Mientras que Anolio no sabía qué hacer. Estaba confundido entre hacer el bien o vengarse.

-¡No podemos dejarlos hacer el mal! Tenemos que hacer algo. ¿Cuento contigo? preguntó Cardelio a Anolio.

- Cardelio, lo siento mucho. Pero tenemos que ser realistas: tú y yo, solos, no podremos hacer cambiar de parecer a los animales del Valle. Mejor me sumo a ellos.-dijo Anolio.

-Entiendo, Anolio. Es tu decisión, pero nunca podré consentir con que el mal prevalezca sobre el bien.- dijo Cardelio.

A Cardelio solo le quedaba esperar la visita de Nidia. Sabía que ella no estaría de acuerdo con la actitud de los demás animales y que podría ayudarlo a convencerlos de que pagar con la misma moneda, devolver mal por mal, no era lo correcto.

El fin de semana llegó y Nidia regresó al Valle.

- ¡Nidia, Nidia!- exclamó Cardelio.

- ¿Qué pasa?- preguntó Nidia asustada.

Cardelio le explicó lo que estaba sucediendo en el valle y le contó los planes que tenían los animales y las plantas.

- Es absurdo, Cardelio. Los animales y las plantas buscan hacerles a los humanos exactamente lo que rechazan que les hagan a ellos...¡ Pero si nunca habían sido seres vengativos!

- Lo sé. Parece que la muerte de Zonolis despertó en ellos sentimientos que los hacen pensar como los humanos. Son sentimientos que los hacen actuar de manera egoísta, sin tener en cuenta el sufrimiento que pueden causar; que hacen que sus corazones se endurezcan y se hagan insensibles al dolor ajeno- expresó Cardelio.

- Mala y engañosa ciencia es juzgar por las apariencias. No todos los humanos son iguales.- dijo Nidia.

- Bueno, yo creo que sí. O digamos que los buenos son bastante escasos, una rareza. - Comentó Cardelio.

- Debemos hacer algo para poner fin a esa idea de venganza.- concluyó Nidia.

- Si, debemos hablar seriamente con ellos.

Los dos caminaron hacia el salto de Aguas Blancas, donde se encontraban reunidos los demás animales y plantas.

- Chicos, Cardelio y yo debemos hablar de algo muy importante con ustedes. - anunció Nidia.

-¿Qué quieren decirnos los traidores?- preguntó el lagarto Anolio.

- Repudiar el mal, oponernos a que en el valle se lleven a cabo represalias que consideramos que están equivocadas y que pueden traer terribles consecuencias, no nos convierte en traidores, Anolio - dijo Cardelio.

- Sí, claro. Seguramente están del lado de los humanos. - dijo una de las caritas de hombre.

-¡No lo estamos!- exclamó Nidia.

- Simplemente no estamos de acuerdo con la venganza y con hacer sufrir a los demás. No queremos hacerles daño a los humanos, no importa las veces que nos hayan herido. Al contrario, queremos continuar haciendo el bien para poder servirles de ejemplo a ellos.- dijo Cardelio.

- Los humanos nos han hecho mucho daño. No merecen otra oportunidad.- dijo Iván, el jilguerillo.

- Yo creo que los humanos, tarde o temprano, se contagiarán de nuestra bondad y compasión y querrán ser como nosotros. Si los imitamos a ellos y los tratamos con desprecio, seremos parte de ellos. Y el final de esta historia será tan triste como su inicio.- dijo Nidia.
- No será así. ¡Debemos hacerles pagar!- exclamó Susanita, la mamá lagarto.
- Mañana mismo empezaremos a ejecutar nuestro plan.- afirmó Silvio, el conejo.

Mientras discutían, un hermoso y conocido canto los interrumpió. Era la cigüita Zonolis: ¡había vuelto!

- ¡Zocolas! ¿Eres tú?- preguntó Dulinda.
- Soy yo, chicos- contestó Zonolis.
- Pensábamos que habías muerto-dijo Nidia, el hada.
- Lamento haberlos preocupado, chicos. No estaba muerta. Ernesto y Emmanuel, los niños que accidentalmente me golpearon, me llevaron con sus padres. Ellos hicieron todo lo posible por curarme, y cuando me recuperé totalmente me trajeron de nuevo al Valle.
- No todos los humanos son malos después de todo.- dijo Cardelio.
- Y no debemos perder la fe en la humanidad, pues es como el océano, que no se ensucia porque algunas de sus gotas estén sucias.- dijo Nidia, el Hada.
- Tenían razón- dijo una de las bellas flores de ébano verde.
- Hemos pasado días desperdiciando nuestra energía, planeando una tonta venganza, para darles una lección a los humanos, sin darnos cuenta de que las verdaderas lecciones solo se dan con amor.-dijo el conejo Silvio.
- Me arrepiento mucho de mi decisión. Debí haber elegido el bien, sin importar lo que opinaran los demás. – expresó Anolio, el lagarto.
- Está bien, Anolio. Tendrás otra oportunidad, y sé que esa vez la aprovecharás al máximo- dijo el Hada Nidia.
- ¿Y ustedes de que hablan?- preguntó confundida Zonolis.
- Es una larga, larga historia.- contestó Cardelio.

Los animales cambiaron de parecer y decidieron seguir haciendo el bien. Días después, los padres de Ernesto y Emmanuel volvieron a Valle Nuevo. Habían quedado boquiabiertos y asombrados con la belleza del lugar, por lo que decidieron trabajar duramente para preservarlo. Formaron un gran grupo de personas dispuestas a ayudar, y lograron que el Valle fuera declarado reserva científica y, más tarde, parque nacional.

Sin duda, los animales tenían una gran lección que darles a los humanos. Querían enseñarles que las segundas oportunidades sí existen; para ello, sólo debemos realizar un cambio verdadero en nosotros, cambiar nuestra forma de pensar y de actuar. Cambiar el odio por amor: ese cambio siempre nos llevará hacia lo correcto. La madre Tierra espera ansiosa, nunca ha dejado de esperar, quiere que la preservemos y la defendamos todos juntos.

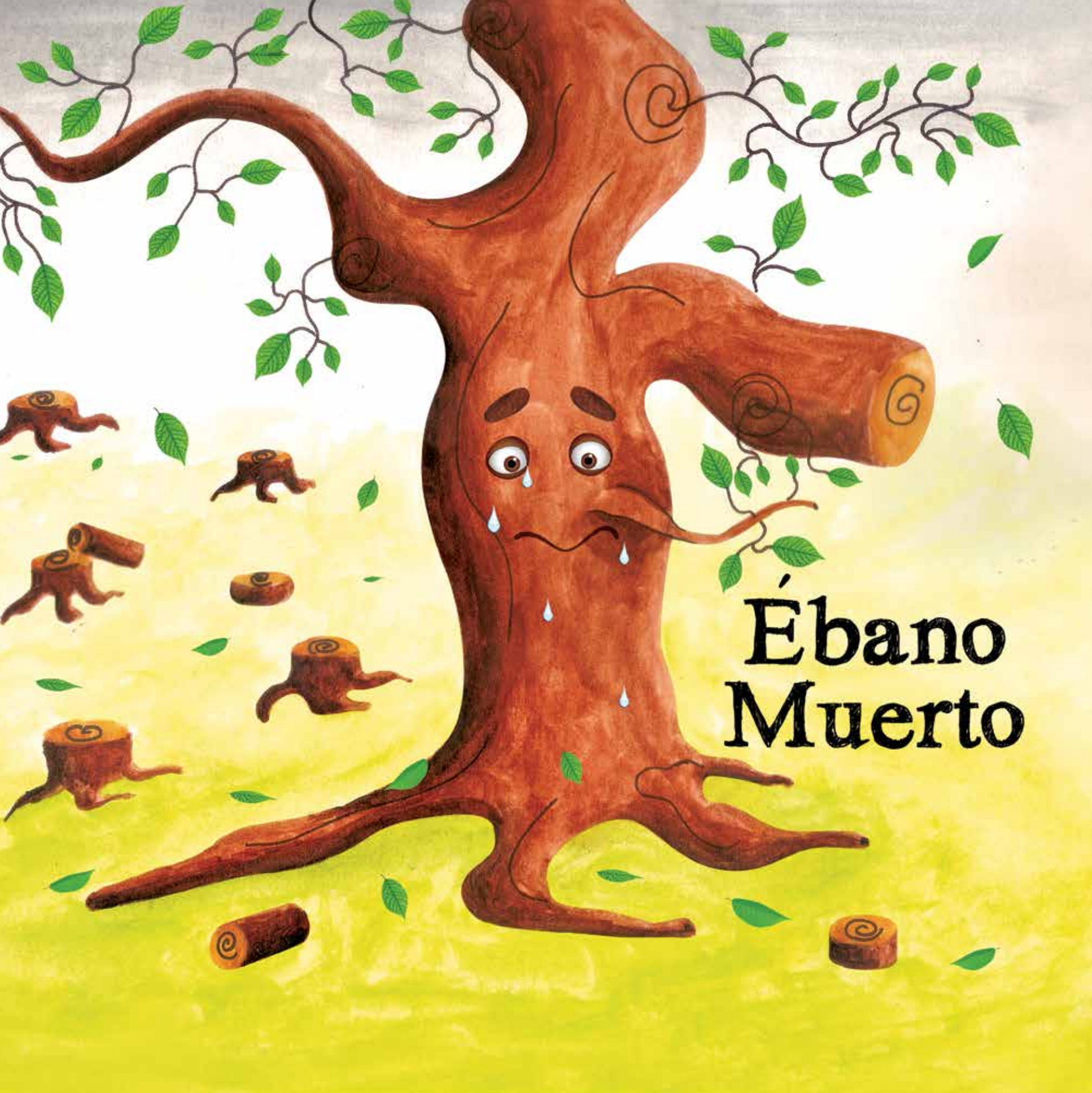
Si tu eres de aquellos que siguen el bien y cuidan de nuestro hogar, ¡continúa haciéndolo!
¡Nunca, pero nunca te rindas! Sirve de guía y de ejemplo para quienes todavía no lo hacen.
A los que todavía no se animan y siguen dañando la tierra, que por favor comprendan que
conservar la tierra es tarea urgente, es tarea de ahora.

La tierra no tiene más tiempo ¡YA ES HORA DE CAMBIAR!

Aunque el camino del bien parece ser siempre el más largo, no nos debe asustar recorrerlo,
pues no estaremos solos. ¡Todos juntos, como la gran familia humana que somos, podemos
lograrlo! Hemos vencido toda clase de obstáculos cuando nos unimos, así que ¿por qué no
nos unimos para salvar nuestro planeta, nuestro hogar? ¡Otro mundo es posible si todos
cooperamos!

¡Cada día un grano pon, y lograrás un montón!





Ébano Muerto

Ébano Muerto

Por: María Gabriela Caram

Voy a morir, ya lo sé. Puedo ver el verdugo a lo lejos, preparándose, acercándose a lo lejos. Después que muera ¿podré ver a los demás árboles? Les gritaría que se marcharan, pero, de qué servirá si no podemos correr. Nosotros no nacemos para correr, como los hombres y animales, que disfrutan de sus piernas largas e invencibles. Yo nací para permanecer sembrado, florecer y enseñar mis ramas. Nací para pensar, nací para escuchar las historias nunca oídas de la naturaleza.

Este cementerio ya no merece llamarse bosque; tampoco merezco llamarme Ébano. Mañana seré un trozo de madera, un tronco tirado en el suelo. Seré un difunto, un muerto, como dicen los hombres cuando hablan de los que se han ido. ¡Cuánto daría ahora por ser hombre! Si fuera hombre sería una víctima y mi verdugo un asesino. No ha derramado una gota de sangre, pero si abriera los ojos vería que en este pequeño pedazo de tierra solamente quedo yo.

Recuerdo cuando esta tierra estaba viva. En ese entonces, la idea de la soledad me parecía ridícula. Éramos cincuenta, en el alto del bosque, en la cima de una pequeña colina. Competíamos a diario, haciendo gala de la majestuosidad divina que sólo un árbol posee.

No nos faltaba nada. Había luz, agua, una comunidad de vida, y un paisaje hermoso que fuimos creando. ¿Qué hubiera sido de estas tierras sin nosotros? En esos años nunca llegué a ver más allá de la colina, pero recuerdo cuán magníficos éramos en nuestros días de gloria. ¡Qué hermosos son los recuerdos! Hoy son lo único que tengo. Quiero recordarlo todo. Setecientos años de existencia, resumidos en veinte minutos. Setecientos años de belleza. Si el verdugo destapara sus ojos y me observara con el corazón, se cortarían las manos por haber cometido tantos crímenes.

Los hombres son criaturas tan extrañas. Poseen todo el conocimiento del mundo, pero se niegan a usarlo para el bien. ¿Acaso no se percatan de lo que nos han hecho? ¿Acaso no ven el daño que se harán a ellos mismos? Claro que lo ven. Simplemente no les importa. ¿Qué ha de importarles a un empresario, exportador de madera, si mi tierra quedó devastada? ¿Qué le importa al verdugo matarme ahora? Aquel venderá sus productos, y éste llevará pan a su mesa, mientras destruyen este paraíso.

Aún recuerdo al primer hombre que vi. Pasó caminando por nuestra colina, como luego

lo hicieron muchos otros. Nunca había visto una criatura tan extraña. Era gigantesca, comparado con el resto de los animales, caminaba en dos patas; excepto por su cabeza, su cuerpo entero permanecía cubierto.

Años después pasó un niño. Parecía el hombre más pequeño del mundo. Tenía miedo. Sentí pena y quise consolarle. Como si me entendiera, el muchacho se sentó entre mis raíces. Allí lloró, y se acurrucó, hasta que se quedó dormido. Lo encontraron, todavía dormido, amparado por mí, a la mañana siguiente.

Nunca supe cómo ni cuándo empezaron a llegar los verdugos. Sólo recuerdo que el rumor de sus andanzas nos llegó de lejos, viajando de rama en rama, de hoja en hoja, en el bailar del viento.

Al principio eran pocos y amables. Pero al pasar los años, según los hombres inventaban nuevas formas de destruirse a ellos mismos, diseñaron maneras de destruirnos a nosotros. El viento traía noticias, relatos de sus desmanes, historias alarmantes que, entonces, algunos consideraron absurdas. Nos advertía de lo que sucedía montaña abajo. Pero, ¿qué podíamos hacer? No nos quedaba más que admirar nuestro hogar antes de que lo destruyeran. No pudimos evitar que nos invadiera la angustia, que el miedo nos estremeciera.

El viento traía cada día rumores de noticias cargadas de tristeza y amarguras:
- ¡Horror! ¡Horror! Han cortado diez. ¡Horror! ¡Horror! Ya han caído veinte.

Un día el viento dejó de venir y nos asustamos. ¿Habían matado también al viento? Esos animales, ¿cómo se atrevían a llamarse a ellos mismos humanos? Luego entendimos que ya habían talado todos los árboles a nuestro alrededor y sin ellos no llegaría a nosotros, como antes, el viento.

Aún sin el viento, oímos sus máquinas según subían la colina. Uno tras otro, fueron cayendo todos. Hoy sólo quedo yo, enterrado, asustado, sin poder escapar de esta muerte innecesaria, y violenta.

Puedo oír al verdugo acercándose. No sonrío, ni se burla. Parece hastiado. Este es otro día más en su vida monótona, un árbol más, un trabajo menos. ¡Que se dé prisa! ¡No sabe cómo me humilla!: yo aquí, enterrado en el cementerio donde murió todo lo que conocí

y lo que vi. ¿Quién mirará este desierto? ¡Qué horrible y seco se ve! ¿Quién recuerda cómo era antes? Ni siquiera parecen parajes de un mismo mundo.

Ya puso en marcha la sierra y se aproxima. Me gustaría tener ojos para cerrarlos y no tener que ver cómo acerca el filo de su sierra, rozando mi tronco.





Menciones

QUISQUEYA en LO ALTO

Por: Miguel Ángel Pérez Hernández

La BRUMA DE TUS OJOS

Por: María Laura Dalmau

AMOR Y JUSTICIA POR MI TIERRA

Por: Laura Leticia Morales Araujo

PRESAGIO

Por: Carol Nicole López Catheline

CRISTAL

Por: Koichi Kasahara Fernández

MI DIBUJO DEL HALCÓN PEREGRINO

Por: Endhira Venecia Moreta Núñez

Quisqueya en lo Alto



QUISQUEYA EN LO ALTO

Por: Miguel Ángel Pérez Hernández

Tempranito, una mañana de fines de diciembre, un grupo de estudiantes, de 15 y 16 años, llegó hasta el paraje de Matagrande, en Jarabacoa para iniciar el ascenso al Pico Duarte. Allí se encontraron con Don Pedro, un campesino cibaeno de 65 años de edad, que llevaba más de 50 años recorriendo esas tierras, quien les serviría de guía.

Todos los jóvenes estaban contentos, alegres, saboreando la aventura que tanto habían esperado y que apenas comenzaba; todos excepto Samuel, a quien le parecía aburrida la idea de subir a la cima del pico y consideraba mucho más divertido quedarse en casa viendo televisión. En medio de la algarabía, era de notar su poco entusiasmo.

Don Pedro se le acercó y le preguntó:

- Dime jovencito, ¿conoces la leyenda del Pico Duarte?
- ¿La leyenda del pico?, no sabía que existiera tal historia – respondió Samuel, con muestras de fastidio.
- Así es, desde que era un niño he visto a muchos subir a la cima de esta montaña. Entre estos, un buen número expresó que sintió algo muy especial, como un llamado, algo que le convocaba, pero pocos lograron descubrir el verdadero significado de esa peregrinación al Pico Duarte.
- ¿El verdadero significado?- le preguntó Samuel, un tanto escéptico.
- Así es joven, las personas suben y bajan del Pico, viven una experiencia inolvidable, pero no todos descubren el verdadero sentido de ese recorrido, de ese ascenso; quizás, con un poco de suerte, los espíritus de la naturaleza te escogerán a ti para revelártelo... Samuel no le dio importancia a lo que le dijo Don Pedro.

Poco después del mediodía los muchachos alcanzaron Loma de Oro; aún les quedaba un largo trecho por recorrer antes de que oscureciera. El grupo prosiguió la marcha hasta que llegó a un arroyo que atravesaba el camino. Lo cruzaron, todos menos Samuel quien resbaló y cayó en el agua, en un lugar que resultó más profundo de lo que le pareció a primera vista.

Samuel salió rápidamente del agua pero notó con extrañeza que estaba solo. Su grupo ya no estaba allí, y el lugar donde se encontraba era otro, había cambiado. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué lo dejaron atrás? ¿Por qué reanudaron la marcha sin esperarlo? ¿Cuánto tiempo estuvo sumergido en el arroyo? Estaba seguro que había sido cosa de segundos, pero, ¿dónde estaba? ¿Cómo llegó allí? ¿Qué había pasado?

- Parece que te has perdido... -Susurró una voz en el viento.

Samuel, alarmado, preguntó:- ¿Quién está ahí?

- Aquí estoy, Samuel - respondió una voz que parecía venir de uno de los árboles de caoba que tenía de frente. De allí salió volando una hermosa cuyaya que se posó en una roca cercana.

- Mi nombre es Cacike . En el lenguaje taíno significa "jefe" y soy el guardián de estas tierras- le dijo el hermoso animal.

Samuel no podía creer que entendía lo que le decía la cuyaya.

- Me he separado de mi grupo y no sé cómo encontrarlo, estoy perdido.- Le dijo a la cuyaya un poco asustado.

- Entonces, no tienes otra opción que subir al Pico Duarte; sólo así podrás reunirte con tu grupo.

- ¡Al Pico Duarte! Pero sólo soy un niño, sin ayuda no podré lograrlo...

- Tranquilo Samuel, yo seré tu guía; yo puedo guiarte por otro camino. Pero te advierto que los espíritus de la naturaleza cuidan y protegen esta tierra como a su propia vida. Si lo que quieres es llegar a la cima, deberás superar todas las pruebas que ellos interpongan en tu camino.

Samuel aún no salía de su asombro ante lo que estaba ocurriendo. Motivado, maravillado con su encuentro con Cacike, optó por echar a un lado sus temores y aceptar con valentía lo que le proponía aquel extraordinario pájaro.

Ya era tarde en la tarde cuando Samuel y Cacike llegaron a Las Guácaras. Indudablemente formamos un gran equipo, pensó Samuel, quien no desperdiciaba oportunidad de probar las nutritivas frutas tropicales que le brindaba el Parque Armando Bermúdez y de apreciar los hermosos helechos de tronco largo en busca del sol.

Entonces se les presentó la primera dificultad. El camino entre Las Guácaras y el Valle de Bao estaba en mal estado. Era un camino rocoso, escabroso, de acentuadas pendientes, cubierto de lodo.

- ¡Es imposible caminar por aquí! – protestó Samuel

- Observa a tu izquierda aquel árbol de ceiba ...la única forma de llegar, por aquí, al Valle de Bao es en burro. De lo contrario, con el camino en esas condiciones, tardarás días en llegar a pie- le dijo Cacike señalando aquel árbol, donde se encontraba un burro durmiendo al amparo de la amplia y fresca sombra de la ceiba.

Samuel no perdió tiempo, sacó un pito de su bolsillo y sopló a más no poder para despertar al burro, pero este no respondió. Se acercó, le acarició la cabeza, pero el animal no se inmutó. Entonces Samuel respiró profundo, se puso el pito en su boca y esta vez pitó tan fuerte que las ciguas y demás aves salieron huyendo alborotadas de los alrededores.

Como por arte de magia, se nubló la tarde. El burro no despertó pero apareció de la nada en una de las ramas de la ceiba, una hermosa lechuga blanca, de ojos dorados, un tanto misteriosa.

- ¿Quién se atreve a despertarme de mi siesta?- preguntó la lechuga con voz grave y aterradora.

Cacike se posó en el hombro de Samuel y le dijo:

- Este es Yaya: su nombre viene del taino y significa "Espíritu del Árbol". Es el protector de Las Guácaras... Es muy misterioso, tiene mal genio, debes de tratarlo con cuidado.

- Si lo desperté, le pido disculpas, señor Yaya. Mi intención era despertar al burro para poder continuar mi viaje al Pico Duarte – le dijo Samuel asustado.

- ¡Al diablo con tu viaje! ¿Qué tengo yo que ver con eso? Hechicé al burro para que permanezca dormido, e impedir que los humanos, notorios destructores de la naturaleza, continúen su camino – Dijo Yaya.

- Pero... Mi intención no es destruir nada, solo quiero reunirme con mi grupo- explicó tímidamente Samuel.

- ¡Silencio! Todos los humanos son iguales. Pero te voy a dar una oportunidad, te someteré a una prueba. Cubriré este lugar con mi neblina mágica, si antes no consigues romper el hechizo y despertar al burro, quedarán, tú y él, dormidos para siempre – dijo la lechuga antes de desaparecer en la neblina que invadía el lugar.

Desesperado, Samuel intentó todo lo que se le ocurrió para despertar al animal: pellizcos, caricias, sacudones, gritos, jalones, pero nada sacaba al burro del marasmo.

- ¡Cacike ayúdame! no sé qué más hacer, ¡los ojos comienzan a pesarme!- gritó Samuel a la cuyaya.

- Lo lamento Samuel, pero no puedo ayudarte: es una prueba que sólo tú debes superar. – respondió desafiante la cuyaya.

Los ojos le pesaban; tenía mucho sueño. La neblina le impedía ver a Cacike. Samuel se recostó al lado del burro. Le pasó la mano por el costado y sintió los huesos del costillar. Samuel se dio cuenta de que el burro estaba muy flaco; era un saco de huesos. Seguramente llevaba mucho tiempo durmiendo, sin comer. Sintió compasión. Recordó que llevaba un pedazo de pan en la mochila. Lo sacó y antes de quedarse dormido lo colocó junto al hocico del burro para que lo pudiese comer luego...

-¡Samuel! ¡Samuel! ¡Despierta! – gritaba Cacike.

Samuel abrió los ojos y se dio cuenta de que la neblina se había disipado, y de que el burro estaba despierto y en pie.

- ¡Felicidades campeón, has logrado superar la primera prueba!- le dijo con alegría Cacike, posado en el lomo del burro.
- ¿Pero cómo que lo he conseguido si no hice nada?- preguntó Samuel.
- Escucha Samuel, el burro representaba a la naturaleza. Lo necesitabas para continuar tu camino. Intentaste conseguirlo por la fuerza. Lo trataste de mala manera, lo halaste, pellizcaste, lo maltrataste sin ningún resultado. Pero cuando te preocupaste por él y lo alimentaste, el burro despertó. La naturaleza nos ayuda con nuestras necesidades, por eso no podemos olvidarnos de cuidarla siempre. – le explicó Yaya a Samuel, sorprendido aún por lo que había sucedido.

Con una lección aprendida y una nueva visión sobre la naturaleza Samuel, reanudó el viaje, montado en el burro, junto a su guía Cacike.

Llegaron al Valle de Bao después de recorrer un largo trecho en subida. Samuel comenzó a sentir mucho frío. Echaba de menos a sus compañeros. Cualquiera de ellos le hubiera prestado un abrigo, pero ahora estaba solo y debía continuar su camino.

Entonces se les presentó otra dificultad. Debían cruzar un río profundo que les cerraba el paso. No podían quedarse allí. Samuel tenía cada vez más frío. Bajó del burro. Iba a meter la mano para tantear la temperatura, pero en el momento en que sus dedos tocaron el agua helada, esta comenzó a agitarse. Una grande, vistosa y hermosa iguana salió disparada por los aires desde lo más profundo del río y descendió sobre una roca enorme colocada en medio de esas aguas.

- Mi nombre es Ama que significa “río o cuerpo de agua”. Soy el custodio de Valle Bao. El que hayas llegado hasta aquí significa que superaste la prueba de Yaya la lechuza, pero tu suerte llegó a su límite. Con estas aguas, tan frías como el hielo, protejo este valle de los humanos; así nadie podrá venir a estropear su belleza, a explotar sus recursos, ni a maltratar sus plantas y animales. – dijo la iguana, presentándose.
- ¡Samuel, no pierdas tiempo, dentro de poco caerá la noche. Según se oculte el sol aparecerá el frío!- le advirtió Cacike.

¡Cacike ayúdame tengo mucho frío! – le gritó Samuel, pero, al igual que en la ocasión anterior, Cacike no podía intervenir, pues era una prueba que Samuel debía enfrentar solo.

Los colores cálidos del atardecer contrastaban con el frío intenso que arropaba la tierra. Justo cuando Cacike pensó que Samuel no iba a soportar el frío, este se arriesgó y saltó con valentía al río helado. Para su sorpresa, al sumergirse en el agua Samuel descubrió que no estaba fría. Todo lo contrario: ¡el agua estaba caliente! Samuel cruzó el río a nado; al salir del agua se le quitó el frío.

- El agua representaba a la naturaleza. A pesar de lo fría que parecía estar, confiaste en ella y te lanzaste. Los humanos no cuidan la naturaleza pero tampoco confían en ella. Cuando confiaste en la naturaleza ella te ayudó. Has superado la prueba Samuel- le dijo Ama la Iguana, quien abandonó la roca en medio del río para felicitarlo.

- ¡Felicidades, campeón, has logrado superar la segunda prueba! Ahora podremos llegar a La Pelona. Allí pasaremos la noche- le dijo Cacike, encaramándosele en el hombro, visiblemente contenta.

Ya era de noche cuando Samuel y Cacike llegaron a La Pelona; el lugar estaba despejado. Samuel sacó de su mochila una bolsa para dormir, reunió leña y encendió una fogata con el auxilio de Cacike.

- Pasaremos la noche aquí y tempranito por la mañana comenzamos a recorrer lo que nos resta de camino, el último tramo, la subida a la cima del Pico Duarte. – le decía Cacike a Samuel, repasando lo que suponían que les quedaba para el próximo día.

Por fin, todo parecía marchar a pedir de boca. Samuel estaba cómodo sintiendo el calentito del fuego de la fogata y emocionado al pensar que seguramente encontraría a su grupo al día siguiente. Pero, de repente, escuchó voces tenebrosas provenientes de unos pinos cercanos.

- Vaya, vaya, has llegado muy lejos, jovencito. Quien hubiera dicho que un niño como tú iba a superar las pruebas de Yaya y Ama- dijo el de la voz más grave.

- Así es Samuel, has llegado más lejos que muchos, pero no creas que te librarás tan fácilmente de nosotros. No permitiremos que avances ni un paso más hacia el Pico Duarte- decía el de la voz.

- ¡¿Quiénes están ahí?! – Gritó Cacike. Entonces, surgió un cuervo de entre las ramas de uno de los árboles próximos a Samuel.

- Yo soy Akani, mi nombre viene del taíno y significa "Enemigo" – Así se presentó el Cuervo.

- Y yo soy Boya, mi nombre también viene del taíno y significa "espíritu maligno"- Dijo una araña cacata que apareció en el hombro izquierdo de Samuel.

La Fogata se apagó y todo quedó a oscuras. Samuel se sacudió para librarse de la araña pero tropezó y cayó al suelo. Asustado, sin saber qué hacer, permaneció inmóvil en el suelo. Fue entonces cuando sintió los pequeños pasos de las 8 patas de Boya, que le subía por la pierna y se dirigía a la cara.

Cacike intentó defender a Samuel. Trató de atrapar a Boya, pero Akani el Cuervo lo atacó primero, dándole un picotazo que lo dejó tirado en el suelo.

- Eso te lo buscaste; te pasa por defender al niño. Nosotros protegemos este lugar de los humanos. Tú sabes bien que no debes entrometerte; esta es una prueba que él debe superar solo – gritaba a Cacike, turbado por la ira, Akani el Cuervo. -Este niño sólo quiere reunirse con su grupo y ha superado sin ayuda las pruebas, pero ustedes son dos contra uno, no permitiré esa injusticia- gritaba Cacike mientras volaba velozmente hacia el cuervo. Pero la oscuridad le impidió detectar una de las telarañas que había tejido Boya entre las ramas de los árboles y quedó atrapado en ella.

Boya, la araña cacata, avanzaba lentamente por el cuerpo de Samuel, que permanecía paralizado por el miedo. Cacike no lograba zafarse. Samuel cerró los ojos. Parecía que habían llegado al final del camino. Cuando la araña llegó hasta el cuello e iba a morderlo, ¡ Samuel finalmente reaccionó!...

- ¡Yaya, Ama, ayúdenme! – Gritó Samuel desesperado.

Un enorme ave blanca voló sobre la cara de Samuel de forma brusca e impetuosa y con un golpe de ala despidió por los aires, lejos de Samuel, a la araña Boya. Era Yaya la lechuza. Ama la iguana también apareció. Saltó sobre Cacike, y el peso de ambos desgarró la telaraña que sujetaba a Cacike.

- ¡Hasta que al fin nos llamaste! – dijo Yaya la lechuza.

La aparición de Yaya y Ama hizo que Akani el cuervo se enojara aún más. Trató de atacar a Samuel, pero Cacike voló y le impidió el paso. Yaya la lechuza también intervino en el combate aéreo y todo se convirtió en una nube de polvo, garras, picos y plumas. Ama la iguana, que tenía un exagerado gusto por los insectos, se encargó de perseguir a Boya la araña.

Finalmente Akani el cuervo se confundió y cayó sin sentido al suelo cuando se estrelló contra un árbol de caoba. Boya la araña, tenía tanto miedo de la iguana, que se escapó entre los árboles y abandonó a su compañero. Cuando el cuervo recobró el conocimiento vio que no tenía posibilidades de ganar y también huyó. Todo había terminado. Samuel recuperó la calma y se percató de que la neblina mágica de Yaya la lechuza protegía el campamento.

- ¡Felicidades campeón has logrado superar esta otra prueba! – le dijo por tercera vez. - Es tarde y necesitas descansar. Mañana llegaremos al Pico Duarte- le dijo Cacike a Samuel quien, a pesar de las emociones del día, al momento se quedó profundamente dormido.

Cuando Samuel despertó, la lechuza y la iguana se habían ido. Todo parecía estar en armonía. Sin dilación se puso en marcha junto a Cacike. Luego de media hora de camino, Samuel comenzó a ver la estatua de Juan Pablo Duarte. Se acercaban a la cima del Pico Duarte. La vista era hermosa, se podía apreciar la arboleda, el verdor. En la cima había una estatua de Juan Pablo Duarte, una bandera y una cruz. Samuel se sintió orgulloso de haber llegado; se encontraba en el techo del Caribe.

Samuel nunca sintió tanto aprecio por la naturaleza; no imaginaba que en su país existieran lugares como ese. De pronto el cielo se nubló y llegó la neblina. Cuando se despejó, el paisaje era otro. Donde habían árboles sólo quedaban tocones y troncos cortados, tirados en tierra. La deforestación era tal que aquello parecía un desierto. Los cauces de los ríos estaban secos. El lugar estaba desolado.

- ¿Qué es esto? ¿Qué sucede? ¿Qué está pasando? – le gritó Samuel a Cacike.
- Esto no es más que una de las posibilidades que nos depara un futuro cercano, Samuel, más cercano de lo que parece. Esta es la última prueba a que deberás someterte; también en esta tendrás que enfrentar a un espíritu de la naturaleza- le respondió la cuyaya.
- ¡Estoy preparado! Dime qué animal debo enfrentar ahora – respondió Samuel con mucha valentía.
- Mi nombre es Cacike, que en taíno significa "Jefe", y soy el guardián del Pico Duarte... Samuel no lo podía creer: el último animal que lo desafiaba era el mismo Cacike, la cuyaya, su guía, su defensor, su compañía: era ella quien lo sometería a la última prueba.

- Has pasado por mucho para llegar hasta aquí, has tenido que superar las pruebas que los espíritus de la naturaleza te han puesto en el camino, y todo para poder reunirse con tu grupo. Pero este viaje ha sido una enseñanza y debes demostrarme lo que has aprendido. Si me dices cuál es el verdadero significado de la peregrinación al Pico Duarte, te permitiré reunirse con tus amigos. De lo contrario, seguirás vagando por estas tierras hasta que logres descifrar el significado de esta experiencia – le dijo Cacike.

A Samuel el desafío no lo tomó totalmente desprevenido. Durante todo el camino había reflexionado sobre el significado de aquellas vivencias. Una sonrisa invadió su rostro y respondió con alegría:

- Antes, no tenía el más mínimo interés por la naturaleza. Pero en este viaje, la lechuza me enseñó a cuidar la naturaleza para que ella me cuide a mí; la iguana me enseñó a confiar en la naturaleza, y en sus recursos; y luego del encuentro con el cuervo y la araña, aprendí a utilizar a la naturaleza en mi beneficio. Así que el significado de subir al Pico Duarte, no es más que el de apreciar y valorar la naturaleza de mi país, ya que

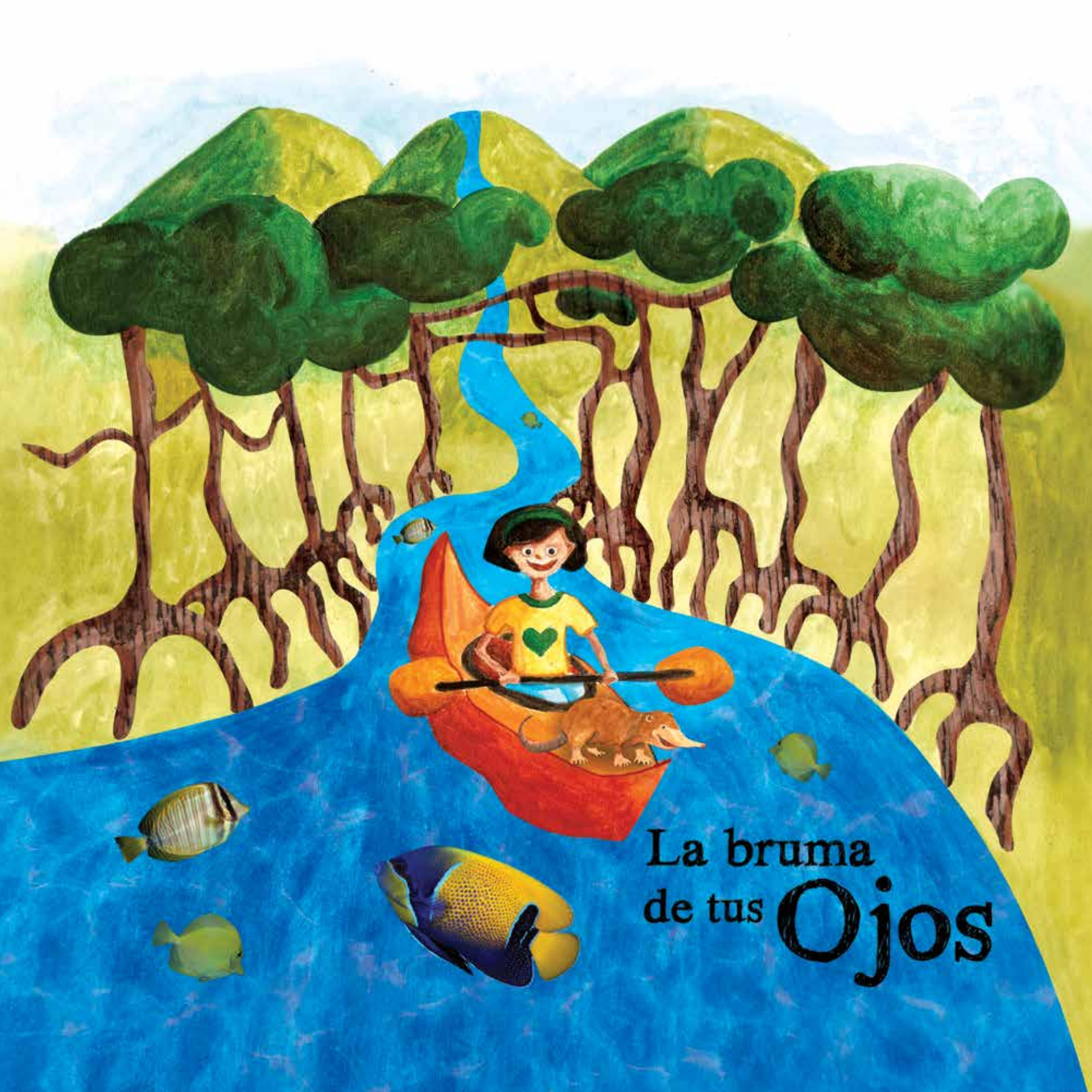
si la cuida y confió en ella, ella me cuidará y me beneficiará a mí también, y si intento explotarla o tomarla de mala manera lo que conseguiré no será más que destruirla respondió Samuel a la pregunta de la cuyaya.

¡Samuel! ¡Samuel! ¡Lo encontré! ¡Lo encontré, a Samuel! ¡Aquí está, vengan todos! - se escuchaban las voces de los compañeros de Samuel, que acababan de llegar.

Todos lo abrazaron. Estaban asombrados de ver que llegó solo a la cima. Todos querían decirle algo, expresarle lo alegre que se sentían de volver a verle, conocer qué le había pasado, pero Samuel solo deseaba encontrar a Cacike para darle las gracias por haberlo guiado, agradecerle lo que le había enseñado. Pero no lo encontraba, era como si hubiera desaparecido. Todos se quedaron apreciando la vista y respirando el aire puro, mientras que Samuel recordaba con alegría todo lo sucedido, las pruebas que enfrentó, los animales que conoció, las experiencias que cambiaron su vida: había sido un viaje inolvidable.

Entonces, Don Pedro, el guía, le puso la mano en el hombro y le dijo:
- Felicidades campeón, has logrado superar la última prueba.





La bruma
de tus **Ojos**

La BRUMA DE TUS OJOS

Por: María Laura Dalmau

Una calurosa tarde de junio, iba Lara remando en su kayak en aguas de Los Haitises, esa extraordinaria zona de bosque y manglares en la bahía de Samaná, al norte de República Dominicana. Estaba consternada. Acababa de ver un documental sobre el calentamiento global y las amenazas que se cernían sobre bosques y selvas del planeta, los pulmones de este mundo, y la vida de un número significativo de valiosos animales en vías de extinción. Las lágrimas se confundían con el sudor. Salió en el kayak a explorar los manglares, a disipar la angustia; procuraba alejar la tristeza y sobreponerse al sentimiento de impotencia que la embargaba. Remaba en dirección a un hermoso manglar y recordaba el documental. ¿Era Los Haitises, un paciente moribundo? En un recodo descubrió un paraje, que no había visto en sus recorridos anteriores, que llamó su atención.

Decidió explorar aquel sitio. Avanzó hacia un claro que se adivinaba en el fondo. De repente, el lugar quedó a oscuras. Casi no veía nada. Se asustó; el corazón le latía a millón. Sintió escalofríos y pensó en retroceder. Oía innumerables ruidos que no reconocía, que la asustaban aún más. Temía que en cualquier momento un montón de sabandijas le cayera arriba. Quería gritar. Le parecía estar entre las patas de gigantescos monstruos marinos, custodiados por alimañas peligrosas. Recordó que su tío biólogo le decía que en este país no existían animales venenosos, así que respiró profundo, recuperó la calma y decidió seguir adentrándose en aquel extraño manglar.

En cuanto recobró el ánimo, una lluvia de diminutas luces iluminó el lugar. Todo se aclaró y pudo ver las aguas claras, transparentes, sobre las que se deslizaba y los maravillosos y juguetones peces de colores que bailaban a su alrededor y entre las raíces de los mangles. Parecía que celebraban una fiesta de bienvenida. Cangrejos de todos los tamaños y colores salían y la saludaban con sus tenazas en alto. Las lagartijas inflaban y desinflaban las gaitas y corrían nerviosas entre las ramas. En lo alto, rondaban en bandadas hermosas gaviotas de alas blancas y revoloteaban las tijeretas, aves de largas alas negras y colas que parecen tijeras abiertas.

- ¡Qué lugar tan mágico!- dijo para sí- Aquí todos parecen tener su lugar y estar contentos. ¿Por qué las personas no valoramos este inmenso tesoro? ¿Por qué no nos enseñan, desde niños, cómo viven los animales? ¿Por qué no aprendemos de ellos lo que no nos enseñan las computadoras o los juegos electrónicos? ¿Por qué sabemos más de la vida de muñecas, deportistas, modelos o cantantes, que de esta tierra y de estos manglares de los que depende nuestra existencia? ¿Dónde estaba?, ¿qué lugar mágico era este?

Recordó el pequeño jardín del cuento de "Sofía", y se sintió conmovida. A lo lejos notó, nueva vez, un claro de luz que la atrajo con particular intensidad. Remó hasta aquel lugar que le pareció el más hermoso que jamás hubiera visto. En medio de este bosque de mangles se elevaba una imponente montaña, y a sus pies se encontraba una cueva que parecía una boca abierta a la vida, bordeada por la más fina arena y un agua cristalina. Lara miraba fascinada aquel lugar y no creía lo que veía. Remó vigorosamente y llegó al mágico espacio. Dejó a un lado el kayak y saltó a la arena, bailando y exclamando: ¡gracias!, ¡gracias Dios!, ¡gracias montaña!, ¡gracias árboles, aire, agua! Emocionada, notó que el agua manaba del suelo. Cayó de rodillas en la orilla: ciertamente aquel era un lugar sagrado: así lo sentía, así lo pensaba.

Transformada, poseída por tanta belleza, o como hubiera dicho Lena, la empleada de la casa, "montada", saludó el agua con reverencia, sumergió su cabeza y sin saber por qué, respiró por la nariz, sin toser. Tardó el tiempo suficiente como para pensar que se estaba ahogando, como la joven Ofelia en Hamlet, pero no era así. Lara había vivido con una tía que, a menudo, le hablaba de la importancia vital del agua. Luego de aquel documental había comprendido que si ella y toda su generación descuidaban el medio ambiente, nada tendría sentido, porque sería como vivir para matar el mundo que nos dieron, que nos prestaron.

En ese instante revisó qué había sido de su vida. Comprendió que había estado en una película, en un mundo que regía el comercio, entre muñecas, el glamour, la vanidad, la infinidad de juegos, juguetes, vestidos, maquillaje, adornos superfluos y tantas otras cosas que acaparaban su vida y que a la hora de la verdad no eran nada, porque no eran importantes, porque no eran vitales, como esa agua que tantas veces había desperdiciado, esa agua que ahora entraba por la nariz a sus pulmones.

Se sumergió lentamente en el agua como si quisiera ofrendarse para remediar el daño causado. Todo fue quedando en silencio. Las ruidosas tijeretas callaron; las gaviotas quedaron inmóviles en las ramas: todo se detuvo por un instante, hasta el movimiento del agua. Cuando emergió con fuerza, parecía una fuente de la que brotaba agua por boca, nariz, ojos, oídos, también de la garganta, del pecho, de las axilas. Cuando ya parecía estar vacía, levantó sus brazos, miró al cielo e inspiró la más grande bocanada de aire; su mirada cambió.

Lara se sentía iluminada, como si de su mente y de su corazón se hubiera desvanecido la bruma de sus ojos, aquella que sólo le dejaba ver lo superficial y pasajero. Se sintió

liviana y que volaba, que se elevaba por encima de las ramas, de los manglares, más allá de las montañas. Vio la bahía, vio la isla, vio el continente, vio el planeta y se sorprendió al ver unas luces que brillaban en todas partes, no entendía de donde venían, entonces se miró y vio que también ella tenía una luz brillando en su interior: era luz su corazón. Volvió a respirar profundo y se dio cuenta de que sus piernas aún estaban en la arena, a orillas de aquella fuente mágica. Levantó su mirada y vio que todos los animalitos la contemplaban. Entre todos, uno en especial le llamó la atención: uno como él apareció en el documental, entre los que estaban en extinción; el último del que tenían noticia había sido visto en aquella zona antes de que ella naciera. No podía creer lo que veía. Con el mayor disimulo sacó de su traje de baño una pequeña funda impermeable con su celular, para tomarle una foto. ¿Podrá entender lo que le digo este animal?, pensó.

- ¡Hola!, le dijo. El animal se asustó.

Corrió a esconderse entre las raíces de un árbol. Lara lo siguió y lo encontró. El animal se sintió acorralado. Asustado le dijo:

- por favor no me captures.

Temblando de miedo le seguía suplicando y Lara asombrada le dijo:

- no temas, no te haré nada, por favor, deja que me presente, me llamo Lara, y tú, "solonodonte", ¿cómo te llamas?

- ¿Sabes quien soy? Me llamo Padox... ¿Qué hace por aquí una niña como tú?

Ella le respondió:

- sólo vine a respirar aire fresco, entre los únicos árboles que quedan, lejos de todo este tóxico que nos rodea. Vine a pensar cómo puedo detener esto que está pasando, no quiero entregarle un mundo así a las generaciones futuras. No quiero tristeza ni violencia, no quiero maldad, quiero felicidad.

Padox la oía y le dijo:

- Quieres el mundo que pudimos tener y que podemos tener todavía. Pero pocos comprenden qué está sucediendo, aún es débil la voluntad de muchos y pocas las ganas de cambiarlo...

Lara, sorprendida, ansiosa por escuchar la respuesta, le pregunta rápidamente:

- ¿Qué debo hacer?, me dejas perpleja, dime, cuéntame...

- Calma, no te aceleres tanto,...escucha con atención... Una de las primeras cosas que debes saber es que debes de tener la actitud de querer hacerlo, estar en paz espiritualmente, como lo estás ahora, permitiéndote correr la bruma de tus ojos y ver desde dentro. Desde

fuera necesitas investigar a fondo qué quieres cambiar en este país y en el mundo. Busca el apoyo de los demás, en el lenguaje que ahora entienden más. Mientras él hablaba, ella pensaba que ese lenguaje es el comercial, el de los anuncios y las campañas. Padox, como si adivinara sus pensamientos, agregó:

- Sí, ese, sólo que debes agregarle arte, música, juego y ciencia, que es el lenguaje del universo. Debes atraer a las personas, muéstrale todo lo que les gusta, lo que buscan desde el fondo de su corazón y luego explícale que está amenazado. Muéstrales lo que está pasando y lo que pudiera llegar a suceder.

Lara imagina aquello y cree comprender lo que le dicen.

- Lo último y lo primero que debes tener es esperanza, alegría, mucha fuerza y la fe en ti misma, creer en lo que captas desde el silencio, desde ese silencio que experimentaste en el instante en que casi morías.

Ella atenta y pensativa le responde:

- Sin embargo, fue como un nacimiento, como si por primera vez viera y entendiera el mundo, como si se descorriera la bruma de mis ojos; ¿por qué me sucedió?
- Tu mente, tus pensamientos se detuvieron por un instante, permitiéndote captar, de manera profunda y total, lo que querías entender.- respondió Padox.

Lara le respondió:

- he tomado nota de todo lo que me has dicho. ¿Me podrías explicar algo más?
- Por supuesto,- dijo Padox con toda amabilidad. –
- ¿Por qué dicen que tu especie se extinguió si estás vivo? – preguntó Lara

Pero ya no hubo tiempo para explicaciones. Escucharon unos pasos y se asustaron. Vieron a un guardabosque rondando el lugar. Padox le dijo a Lara:

- corre, vete, para que no te hagan daño, escapa.
- No te dejaré aquí solo.
- no te preocupes, yo me cuidaré. ¡Ahora vete! ¡Vete!

Asustada Lara se escondió detrás en un árbol. El selonodonte corrió, pero no se dio cuenta de que a su paso había una jaula. Intentó evadirla sin lograrlo: quedó atrapado. Lara intentó acercarse para liberarlo, pero el selonodonte le hizo señas que permaneciera escondida y en silencio. Ella se quedó detrás del árbol.

Desde donde se encontraba vio un letrero que la llenó de indignación: "EN ESTE LUGAR SE CONSTRUIRÁ PROXIMAMENTE LA CEMENTERA". Justo en ese momento, escuchó la carcajada triunfal del guardabosque:

- por fin te atrapé, soy ricooooo!!!.

Lara no pudo contenerse y salió gritando:

- ¡No! ¡No! ¡Déjalo libre!, no le hagas daño a mi amigo.

El guardabosque sorprendido la encaró:

- ¿qué hace una niña como tú en esta zona prohibida? No puedes estar en este lugar, ¡largo de aquí!

Decidida y confiada, Lara lo enfrentó:

- pues no, no me muevo de aquí hasta que no sueltes a mi amigo.

El guardabosque sacó una navaja y de modo intimidante dijo:

- ¡Vete!,vete, o tú y la rata de oro... entonces, en ademán de amenaza, se pasó la navaja por el cuello, o por el pescuezo diría Lena, la que limpia en casa.

Lara fingió que huía. Al verla correr, el guardabosque siguió su camino con la jaula en las manos. Cuando creyó que el guardabosque la había perdido de vista, Lara se detuvo y fue tras él. Sacó su celular y, sigilosa como una gata, lo siguió y le tomó fotos. Se repetía, una y otra vez:

- Si se lleva a mi amigo voy a mover cielo y tierra para que no pueda hacerle daño.

El guardabosque buscó su celular e hizo una llamada. Parecía que estaba muy alterado, tanto que por un momento se olvidó de Lara, que aún lo seguía. Ella estaba perturbada por lo que estaba sucediendo, se resistía a creerlo. Se preguntaba por qué alguien pensante querría destruir un nacimiento de agua tan importante. Pensaba, sobre todo, en cómo salvar a su amigo. Se le ocurrió llamar a su madre, pero ésta no contestó. Llamó a su primo universitario y le dijo, muy por lo bajo para que no la descubrieran:

- Artur, llama a mami y dile que un guardabosque capturó a un selonodonte que yo había encontrado y que va a venderlo o a matarlo. ¡Hazlo rápido!

- ¿De qué hablas, donde estás?- respondió Artur.

- Óyeme bien, Artur, el selonodonte que atraparon es probablemente el último de su clase...

- ¿Un qué...? Prima, ¿dónde estás? ¿Te volviste loca?

- Estoy en Samaná, - le contestó Lara- en los Haitises, cerca de una caseta para los guardabosques y de la entrada a una cueva donde hay un nacimiento de agua. Sorprendí a un guardabosque cazando ese animal, que se considera extinto,... me amenazó y llamó a alguien. Llama a mami y dile que mande gente a que me ayude a salvar a mi amigo...

- ¿A tu amigo?

- Al selonodonte,- respondió ella, con tanto énfasis que la oyó el guardabosque.

Lara escondió el celular rápidamente. Trató de ocultarse detrás de unos matorrales pero el guardabosque la sorprendió por detrás, la haló por la ropa y la arrastró como a un animal. Furibundo o encojonado, como diría Lena, dijo:

- ¿tú quiere´ salvar a tu amigo?,... ven a cojé´ amigo, carajita der diablo.
Le amordazó la boca, le amarró las manos y la metió en la caja de madera donde estaba la jaula con el selonodonte.

El guardia volvió a llamar por su celular:

- óyete bien, una carajita metió las narices en este entierro, así que si quieres tu mercancía date pronto... mira ¡carajo!, cómprate una tarjeta y mándame el número y llámame tú, que ere´ el interesa´o. ¿Ok? Ok y cierra.

Continuó hablando sólo:

- esos ensacados, no quieren ensuciarse las manos, ni gastar ni un pan, a mi no me cogen de pendejo, no señol... jéjéjé, soy rico, oi´te – gritó en dirección a la caja donde estaban Lara y Padox.

Lara logró soltar las amarras. Con extremo sigilo, sacó su celular y grabó en video, por un hoyito, lo que hacía el guardabosque. Envió por internet imágenes de ella, del selonodonte y del guardabosque.

Sonó el celular del guardabosque. Contestó, escuchó impaciente e interrumpió a quien llamaba:

- `perate, `perate coño, esta vaina `tá difici´, la rata de oro cayó con otra presa y eso tiene otro aroma, ¿me entiende?, así que esto da par... pagar a par, a par, el doble, bu´queme lo mío primero. `Ta entendiendo como `e la cosa, lo mío primero y al doble. Ah!, y mándame el número de recarga y llama pa´ ver cómo `e la entrega y cómo nos desenhuesamos de la carajita...pero, no hay problema don. En u´té mandarme mi cosa, no importa si viene por aire, agua o tierra. Su rata de oro e´ tá segura y la carajita se pierde; por aquí siempre hay un turista despi´ta´o, que se ahoga en cualquier mangle, ¿sabe?, jejeje... Lara grabó cuanto pudo de la conversación, pero se le descargó el celular. Estaba asustada, desesperanzada.

- No puedo creerlo, perdóname Padox, yo quería salvarte y he conseguido lo contrario. Ya ves como somos los seres humanos, estamos dispuestos a vender la vida por dinero, como si pudiéramos respirar, comer o sembrar dinero.

- Ese es el espejismo, la bruma- respondió Padox.

- ¿Espejismo, bruma...? ¿De qué hablas?- susurró Lara.

- Sí,- afirma Padox, - la mente juega trucos, nos engaña, le cambia el verdadero valor a las cosas. Por ejemplo, ahora mismo estás confundida, no actúas con juicio. A pesar de que te pedí esperanza y fe en ti misma, estás creyendo más en el poder de ese tonto que quiere hacerse rico, vendiendo las playas, las fuentes de agua o la fauna de su país.

- Padox, no me pidas fe precisamente en este momento en que estoy amenazada de muerte, y a ti, solo Dios sabe qué te puede pasar. Ellos tienen el poder, yo soy sólo una adolescente ilusa que pretendió salvar el pedacito de planeta que tenía a su alcance y no lo logró.

Padox sonrió. Mantuvo la serenidad. Le preguntó a Lara si confiaba en él.

- ¡Te dije que no me preguntaras eso en este momento, no me lo pidas!

- ¿Cuántas veces has hablado con un cuadrúpedo? ¿Cuántas veces viste la luz en ti y en los otros? – preguntó Padox.

- Nunca- respondió ella.

- ... y sin embargo está ocurriendo, ¡y aún así no puedes creerlo!- contestó Padox

Lara repitió: -...y sin embargo está ocurriendo,...sí, es verdad, ¡está ocurriendo! Dime, ¿qué deseas que haga?...

En ese momento escucharon el sonido de un helicóptero que se acercaba y luego aterrizaba en el área despejada cerca de la caseta. El helicóptero pertenecía al gobierno. Se abrió la puerta y salió un señor bien vestido. Saludó al guardabosque. Lara escuchó cuando éste le exigió que le mostrara el dinero antes de entregarle "¡al pájaro ese!" El hombre elegante hizo una seña al helicóptero. Bajó un guardia con un maletín y se lo entregó al guardabosque. Después de revisar el contenido del maletín, el guardabosque se dirigió a la caja de madera. Saboreaba el triunfo cuando levantó la tapa sin mirar, y en ese instante, como un payaso de resorte, Lara saltó y lanzó el selonodonte a la cara del guardabosque. Padox lo mordió en el cuello y huyó rápidamente. El guardabosque cayó al piso; la mordida era profunda. El guardia y el hombre elegante sacaron sus pistolas. Laura gritó, ¡no lo maten!, ¡no lo maten!

El guardia disparó, pero el hombre de traje le desvió el arma y lo insultó: le dijo que lo quería vivo.

- Pero ese pájaro 'e peligroso.- gritó el guardia.

- Tú tienes la culpa carajita endiablada, yo te agarro a ti,- dijo el guardia lanzándose contra Lara que trataba de huir. Cuando la tenía encañonada se oyó un grito...

- ¡Alto ahí!- los hombres se asustaron.

El guardia agarró a Lara y gritó, - quien coño tá 'hí?

De entre los árboles salió Artur con una camiseta que decía SALVA LOS HAITISES. El guardia se rió y dijo: - ah, pero e'te sí e' guapo: ¿ e' que hoy todo el mundo quiere que lo pique?

Como si fuera una aparición, muchos jóvenes se presentaron en el lugar. Salían de todas partes, con camisetas como la de Artur, cantando. Formaron una cadena humana alrededor del grupo y de la caseta. Un periodista se abalanzó con su camarógrafo sobre el hombre de saco que resultó ser un conocido funcionario del Ministerio de Medio Ambiente. El guardia, sin soltar a Lara, intentó agredir al camarógrafo, pero el funcionario lo impidió.

El periodista preguntó - Díganos Dr. Céspedes, ¿qué está sucediendo aquí?

- Hemos sorprendido a esta jovencita robándose un espécimen en peligro.- denunció el funcionario.

Lara gritó a toda voz: - eso no es cierto, es mentira.

El funcionario se dirigió a las cámaras: - Señoras, señores, pueblo dominicano, esta niña ha tratado de sabotear un trabajo de investigación que desarrolla el Ministerio de Medio Ambiente en esta zona cuyos resultados, de no haberlo interrumpido, hubiera podido ser un gran acontecimiento científico.

- Mentira-, se oyó la voz de la madre de Lara, quien llegó acompañada de policías y periodistas.

- Dr. Céspedes, mi hija, mi valiente hija, ha publicado en su blog todo lo que ha ocurrido aquí. Ha enviado mensajes a todos sus contactos. Y mi sobrino ya informó a la prensa internacional; envió imágenes muy comprometedoras para usted. El mundo entero es testigo de su fraude, de sus mentiras, de su circo con traje de intelectual y medio ambiental...

Un oficial de la policía interrumpió a la madre de Lara:

- Dr. Céspedes, ¿está usted detenido!

La madre abrazó a Lara y le dijo: - perdón Lara por no contestarte, por no apoyarte en tu sueño de defender el planeta, y a ustedes también muchachos; ustedes salvaron a mi hija.

Orgulloso Artur añadió: - fue una fortuna tener el campamento de protesta contra la cementera cerca... y pensar que tu que no querías saber de nosotros y preferiste la comodidad del hotel, ahora te diste cuenta que no sólo estamos salvando a tu hija: estamos luchando por los Haitises, por el agua potable del país, la fauna y flora de la región, por lo tanto la del mundo y que eso es defender la vida de todos.

La madre emocionada les dijo:

- Tienes razón Artur, ustedes con su música, su conocimiento, información, redes de comunicación y su perseverancia han logrado tener un gran impacto. Vamos a recurrir a los tribunales. Buscaré todo el apoyo posible a fin de que declaren intocable la ley de protección de las áreas naturales y prohíban la construcción de la cementera en los Haitises.

Transcurrieron los días. Lara se unió al movimiento de jóvenes por un planeta mejor. De

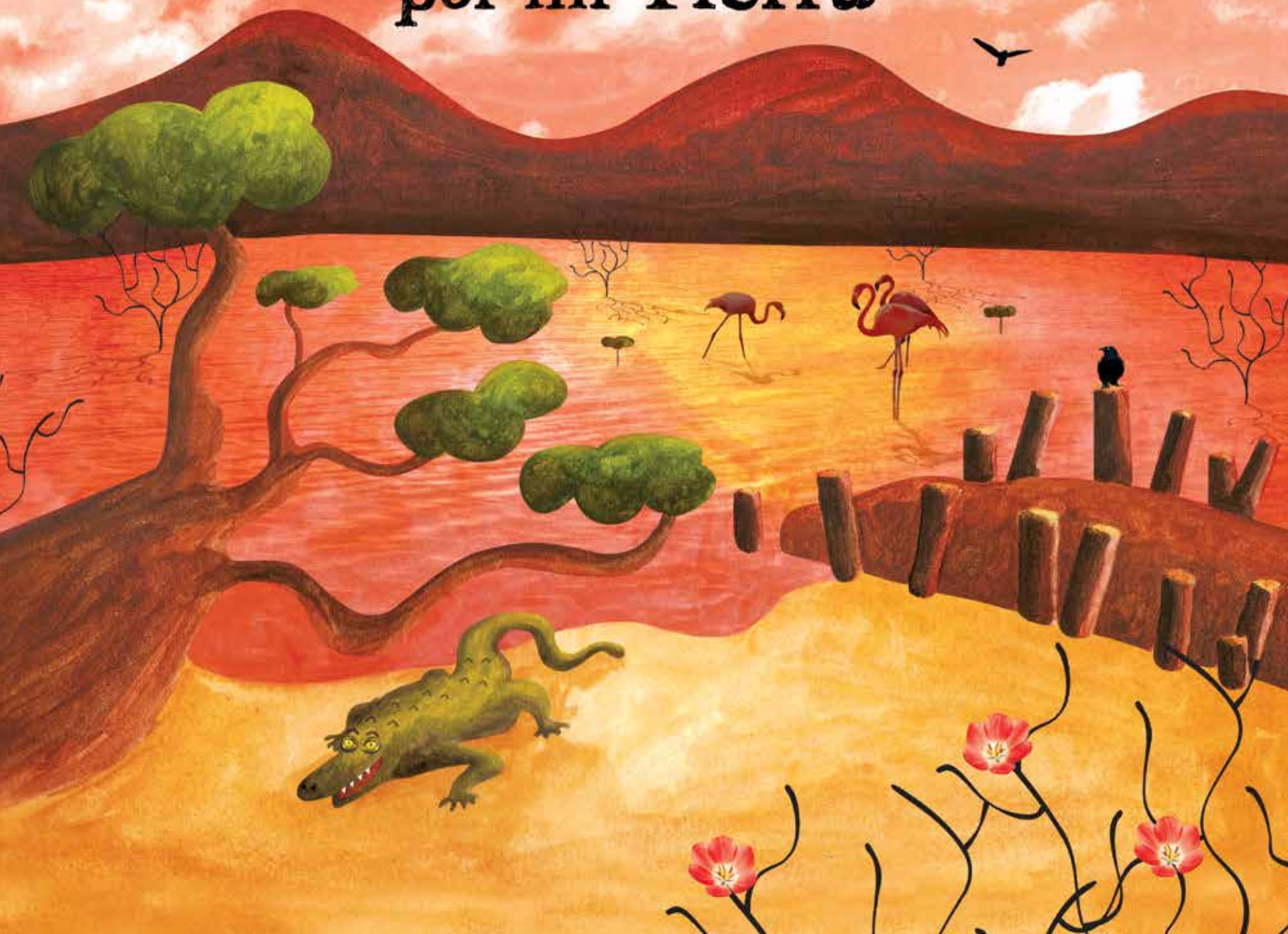
todas partes la invitan a que dé charlas sobre cómo cuidar nuestro planeta. Inicia esas charlas hablando de las fuentes de agua y la fauna y flora de los parques naturales.

Desde entonces, los guardabosques son estudiantes de biología que hacen pasantías y voluntarios que desean ser los duendes protectores de los santos pulmones del planeta. Padox, el señor solenodonte, es la imagen de su movimiento y le recuerda a Lara que debe seguir creyendo, ¡ porque está ocurriendo!

... y créetelo, porque está ocurriendo: mantén la esperanza de que, gota a gota, podremos salvar el planeta.



Amor y Justicia
por mi Tierra



AMOR Y JUSTICIA POR MI TIERRA

Por: Laura Leticia Morales Araujo

"Mejor que cuiden de las plantas y no del dinero, mejor que cuiden del agua que de los bancos, mejor aún que cuiden de la humanidad y los animales que de lo material."

Una terrible bestia rondaba los suelos hipersalinos del hermoso parque del Lago Enriquillo. Aquella bestia se hacía llamar Rafelino Tiburcio; en el pueblo le apodaban "el Machete". Decían por lo bajo que era un depredador. Arrasaba con los bellos Guayacanes y con los Robles, talándolos con su machete preferido, "Jacinto", para convertirlos en carbón y ganar dinero. También contribuía a su mala reputación el que cazara las iguanas Ricordi y las Rinoceronte para vender las pieles en el mercado negro junto a los cocodrilos americanos que capturaba furtivamente en el lago.

En el pueblo todos estaban al tanto de sus fechorías, pero nadie decía ni hacía nada al respecto, hasta el día en que Isabela, una joven oriunda del lugar, de tez morena y pelo rizo, esbelta, de actitud decidida, pero a la vez delicada y noble, levantó su voz en protesta.

Isabela estaba indignada por las fechorías de El Machete. Amaba la naturaleza, la apasionaba, siempre se sintió parte de ella, y le dolían los maltratos y la violencia a que la sometían. Inquieta, molesta por lo que sucedía, decidió irse a pensar, a solas, al Parque del Lago Enriquillo.

Isabela se dirigía a Las Cuevas de las Caritas cuando se topó con Francisco, un joven alto, de rostro sereno, piel blanca, y pelo largo castaño que se agitaba con gracia al compás del viento. Francisco estaba recostado de un roble de gran tamaño que se encontraba afuera de las cuevas, cuando vio llegar a Isabela. Esta le preguntó:

- Disculpa, ¿quién eres?... tú no eres de por aquí.

Él respondió sonriente: -Hola, me llamo Francisco y, no, no soy de esta zona, soy de la capital. Y tú... ¿quién eres?

- Soy Isabela, y vivo en La Descubierta, un pueblo muy cerquita de este lugar.

- Es un gusto conocerte, Isabela - añadió Francisco.

- Dime, Francisco, ¿a ti qué te trae a este parque?

- Tenía mucha curiosidad de conocerlo. Conozco muchas personas que opinan que no es nada especial, o que no les gusta en lo absoluto. Incluso entre mis amigos hay quienes valoran su importancia histórica pero que lo consideran un desastre ecológico. Y yo quería verlo. Después de recorrerlo, yo comprobé lo contrario. Este parque es extraordinario, exótico y bello, posee muchos recursos naturales y animales hermosos.

Al oírlo, Isabela quedó admirada. Advirtió en las palabras de Francisco sentires que también eran los suyos pues compartían un profundo amor por la naturaleza. Y ella le respondió con agrado:

- Hiciste bien en venir. Las personas que no aprecian este lugar ignoran sus hermosos atardeceres, desconocen su flora y la diversidad de su fauna. Algunas de esas plantas y de esos animales están en peligro de extinción.

- ¡Wao!, en la manera en que hablas se nota que para ti la naturaleza es de suma importancia. Yo también siento eso que dices. Hay personas que siendo del país, se pueden considerar extranjeros en su propia tierra, ya que al fin y al cabo, no la aprecian pues ignoran el valor de lo que poseen.

El día avanzaba, los muchachos seguían conversando y conociéndose. Según hablaban, Francisco percibió la tristeza que emergía de las palabras de Isabela. Entonces sintió, en lo más íntimo de su ser, el deseo ferviente de ayudarla, para así salvar de aquel truhán, de El Machete, lo que era como un santuario para ella.

Mientras seguían su interesante plática sucedió algo extraño, sobrecogedor. Del interior de Las Cuevas de las Caritas surgió una luz intensa, de hermosos y cambiantes resplandores que danzaban alrededor de una figura que Isabela y Francisco, maravillados, identificaron, sin vacilación, como la del Cacique Enriquillo, quien, después de acercarse, se dirigió a ellos con una voz que llegaba hasta el alma:

- Isabela, Francisco... no se asusten, se los pido... Es notable el desbordante amor que sienten por su tierra, sin embargo, no culpen del todo a "El Machete". Acuérdense que la deforestación agresiva del terreno no es culpa de uno solo. Tampoco lo es el desborde del lago. Vuelvo a insistir, y repito, muchachos, que los animales capturados y tratados cruelmente, los árboles hechos carbón sin conciencia alguna, la explotación excesiva de los recursos minerales... todas las atrocidades que se cometen contra la naturaleza, no son culpa de un solo individuo. El problema nos atañe a todos, y ahora el deber de la población es actuar a favor de la recuperación del parque.

Aquellos jóvenes, que por casualidad se habían encontrado ese día, no lograban salir del asombro. Isabela tenía el presentimiento de que algo bueno estaba por suceder... pero no alcanzaba a imaginar qué podía pasar. Francisco, aún maravillado por lo acontecido, se atrevió a preguntar:

- "Se-se-señor, no... esp-esp-espíritu... ¡Ah!, Señor espíritu del cacique Enriquillo, ¿cómo cree usted que podemos ayudar? ¿Puede orientarnos? Por favor..."

- "¡Ay muchacho! No me corresponde a mí decirles eso, Observen todo lo que está pasando, y así sabrán cómo sacar con astucia provecho de la situación. Pero, por ahora, debo marcharme..." Y sin decir más, desapareció.

Los jóvenes casi se desmayaron cuando vieron que aquella figura, que aquel espíritu, se desvanecía como si fuera arena que lleva el viento. Una vez que recobraron la calma, comenzaron a analizar lo sucedido. ¿Qué significaba todo aquello? Hablando y hablando fueron compartiendo sentimiento, ideales y concertando planes. Entendieron cuál era la misión que los unía en lo adelante... ¡Salvar el Parque del Lago Enriquillo!

- ¿Entonces? ¡Manos a la obra, Francisco!"....- dijo Isabela cuando pudo recuperarse de lo sucedido.

- Isabela...¡ no lo puedo creer! ¡No puedo creer que nos habló el cacique Enriquillo! En este lugar y desde la verde y extensa Sierra de Bahoruco que vemos, luchó el aguerrido cacique Enriquillo, con todo su valor y empeño, por la libertad, por la suya y por la de todos los suyos, a quienes amaba. ¡No sólo nos habló: se presentó ante nosotros, dos simples muchachos!

- Tranquilo Francisco, como bien has dicho, aquel taíno generoso, de inigualable valor, luchó por lo que amaba. Así que debemos de tomarlo como ejemplo a seguir, luchando en favor de la vida y protestando en contra del maltrato al reino animal, vegetal y mineral, Francisco... ¡no dejemos que eso continúe pasando!

Francisco asintió con la cabeza. Ya todo estaba claro. Ellos no estaban dispuestos a permitir que hicieran daño a aquel maravilloso lugar, lleno de vida y belleza. Mientras se abrazaban al despedirse, Isabela le dijo:-Nos vemos aquí mismo, temprano, mañana. Isabela se marchó entusiasmada a su hogar mientras Francisco pasó la noche en una pequeña posada localizada en el centro del pueblo.

Los primeros rayos de la aurora que entraban por las rendijas del antiguo ventanal de madera de la habitación despertaron a Isabela. Sin más dilación se levantó, abrió la ventana, saludó la Sierra de Bahoruco y comenzó a prepararse a salir, lista ya a emprender lo que sentía que podría ser la hazaña más importante de su vida. Francisco, que también pasó un rato contemplando la Sierra mientras tomaba café, ya estaba en camino.

Se encontraron en el Parque Enriquillo. Esta vez se sentaron en lo que alguna vez fue un Roble alto y frondoso, frente a una bandada de flamencos, al lado de unos gigantescos macos Penpén:

- Estaba pensando en que podríamos celebrar una reunión para sensibilizar al pueblo. –

Dijo Isabela, convencida de que esa era la solución.

- Perfecto entonces; creo que eso sería lo adecuado. ¡Comencemos ya! – Respondió el muchacho.
- Espera, si queremos comenzar con buen pie, debemos invitar a todo el mundo a reunirse hoy en el Parque Enriquillo,... pero tiene que ser a todos: agricultores, pescadores, amas de casas, estudiantes, maestras, jóvenes, comerciantes, niños, amigos... para hablarles de la importancia del Parque y de los beneficios que puede traer a toda la región lo que queremos proponerles...¡que no se quede nadie!
- Mejor todavía, Isabela; eso sí que suena fantástico. No perdamos tiempo. Vamos a convocar a la gente del pueblo a una reunión en el parque dentro de dos horas, ¿te parece bien?”
- ¡Vamos, vamos! – Isabela respondió con entusiasmo.

Caminaron a toda prisa. Cuando llegaron al pueblo, llevaron el mensaje a cuantos pudieron ver. Tocaron puertas y ventanas, entraron en colmados, en tiendas, pasaron por el mercado...Trataron de convencer a quienes, en un primer momento, expresaron que tenían obligaciones pendientes, y lo lograron.

A la hora acordada, más de la mitad del pueblo se encontraba reunida en el parque; en aquel momento, nada hacía a Francisco e Isabel más felices que eso. Llegada la hora acordada, toda la multitud estaba en el parque: altos, bajos, morenos, blancos, niños, niñas, hombres, mujeres, amigos, vecinos, compañeros... Todos. Isabela tomó la iniciativa, subiendo a una enorme roca Caliza:

- “Amigos, quiero hablarles de la manera más clara y sincera que pueda... Primero, gracias por estar aquí... y créanme que no se van a arrepentir. Les quiero hablar sobre esta maravilla que es el Parque del Lago Enriquillo, el cual está siendo maltratado, devastado, y no tan sólo por El Machete, también por todos nosotros, que no hacemos nada por cuidar de él. Ya es tiempo que hagamos algo, porque el lago se desborda, nuestros suelos ya áridos y llenos de sal no pueden tolerar más la tala y la quema de árboles, nuestro parque no soporta que corten los Cactus, que le arranquen de raíz sus preciados árboles, como son los Robles y los Guayacanes, para venderlos como carbón por unas cuantas monedas. El Parque del Lago Enriquillo no aguanta más abuso; es la vida misma la que está amenazada... ¿Cuándo dejaremos de perjudicar lo que es nuestro?

En ese momento Francisco la interrumpió. Subió a la piedra y dijo:...

- No sólo sufren los árboles y el suelo... amigos míos, los pobres animalitos están viviendo un suplicio, una tortura. Los Flamencos y las Garzas Reales necesitan de agua limpia y suficiente para sobrevivir, y si seguimos cortando las plantas que aquí se encuentran, las aguas se agotarán, la tierra se secará. Las iguanas Ricordi y Rinoceronte se encuen-

tran en constante amenaza, pues hay personas ignorantes que tratan de domesticarlas y sus pieles tienen muchos compradores. Los cocodrilos Americanos, se encuentran en la misma situación; estos reptiles están en peligro de extinción y es nuestro deber cuidar de ellos.

De repente, se escuchó desde el centro de la muchedumbre una voz estruendosa:

-¡Los animales son tontos y no saben nada! ¡Las plantas y las rocas importan poco! El agua, la tierra, los árboles, ¿qué necesidad es esa?... ¿De qué me sirven si no es para mi propio beneficio?

Era El Machete quien vociferaba su rechazo a la propuesta de los jóvenes. En cuestión de segundos algunos de los que allí se encontraban empezaron a murmurar... "¡Es verdad!", gritó uno, "¡Tiene toda la razón!", exclamó otro allá a lo lejos... Y así comenzaron a sumarse voces de repudio a la propuesta hasta que Isabela decidió detener esa locura:

- Amigos no sean ignorantes, ¡Sí que nos conviene! ¡Claro que importa proteger el lago y la sierra! Es importante todo lo que nos rodea, porque es lo que hace que produzcamos alimentos, que vivamos en salud, que las personas de nuestra comunidad gocen de espacios libres y sanos donde estar y disfrutar. Pensemos en los niños, en los ancianitos... pensemos en la importancia de unirnos por una buena causa." – Isabela hablaba con devoción y esperaba una reacción favorable de estas personas a quienes conocía y había aprendido a querer desde pequeña. Pero no, no obtuvo la respuesta que anticipó: no la respaldaron. La gente parecía confundida, vacilante entre quienes proponían explotar al máximo, sin miramientos, los recursos del Parque y quienes acogían la propuesta de cambio de Isabela y Francisco en favor de una relación justa, equitativa, equilibrada, solidaria con el bosque, con la tierra, con los animales, con el parque, con aquella comunidad de vida.

- Sólo piensen en cómo era antes, en cómo nuestros ancestros cuidaban de las zonas naturales. Piensen en lo que nos conviene ahora. ¡Piensen en lo que será mejor para nosotros!

Francisco ya no pudo más y dejó que las palabras salieran desde bien adentro... – Si no logramos que se controle la situación, todos pagaremos las consecuencias. ¿Quién nos apoya para que el Parque del Lago Enriqueillo sea un mejor lugar?

Después de aquellas simples y breves palabras, las voces de los pobladores se alzaron en apoyo a los jóvenes. Las últimas palabras de Francisco les habían conmovido y ya se sentía en el ambiente la inclinación, la disposición, a ayudar a la naturaleza, una actitud solidaria de respeto hacia los otros seres, hacia las otras expresiones de vida. A causa de

la reacción de los vecinos y amigos allí presentes, El Machete se marchó iracundo, pues sabía que no podría seguir con su despiadada labor.

Cuando todos se retiraron del parque, Isabela y Francisco se quedaron conversando a solas, frente al lago. Atardecía. El firmamento, teñido de rojo carmesí servía de fondo y contraste al juego tornasolado de nubes danzantes, salpicadas por el revolotear de unos cuervos Cao Cao. La brisa mitigaba el calor de la tierra. Viento, colores, olores, el vuelo de los pájaros, eran los anticipos, las evidencias de que el día se transformaba en noche.

Y en un momento de perfecta concentración y paz con todos los elementos de la naturaleza, cuando en medio de aquel hermoso espectáculo Francisco e Isabela admiraban el gracioso ondear de las ramas de los Guayacanes, volvieron su mirada al Lago y, ¡que sorpresa!, vieron que se acercaba el espíritu del cacique Enriquillo acompañado de otros imponentes animales, casi imposibles de distinguir a contraluz del atardecer. Según se aproximaban reconocieron a una Garza Real, un Flamenco, un Maco Penpén, un par de iguanas Ricordi y Rinoceronte y un cuervo Cao Cao. El Cacique Enriquillo les habló a los jóvenes con sentida emoción:

- ¡Muchachos, lo han logrado! Pusieron el primer granito de arena para crear conciencia sobre cómo relacionarse con la naturaleza. Esta vez no vengo solo... estos son mis compañeros, quienes también cuidan conmigo del Parque. Estoy agradecido de que alguien tuviera la valentía de hacer algo por su tierra, por esta tierra que es el legado de todos. La Garza Real, entonces les dijo... -"Yo también estoy muy agradecida, me agrada saber que hay personas que se preocupan por los animales, y que les gusta el trabajo en equipo. ¡Sigan así mis queridos jóvenes!

El Maco Penpén añadió, en un tono profundo:

-Cuidar de la naturaleza es trabajo de todos, y cada uno debe de sentirse custodio y parte. La existencia de nuestra tierra, y de la vida en ella, dependen del cuidado de los que en ella habitan. Han dado un gran paso, y deben de sentirse orgullosos. ¡La lucha por proteger la naturaleza apenas comienza!

Enriquillo se despidió con un gesto de agradecimiento. Y así como apareció, desapareció, junto a los otros espíritus, en el viento.

Francisco e Isabela se miraron y se abrazaron con alegría: habían logrado su cometido. Sabían que seguirían luchando por lo justo y bueno: ¡por su hermosa tierra!





Presagio

Presagio

Por: Carol Nicole López Catheline

Corría. Sabía que lo seguían, pero a pesar de la fatiga, no se rendiría. No podía hacerlo. El adivinaba en el bosque la presencia de algo o alguien. Mas no fue su intención molestar a Yocahu. El sólo tenía curiosidad y por ello tomó los tótems y los llevó al bosque en donde los quemó. Del otro lado de la humareda pudo ver a un chico, de una larga y abundante cabellera verde, que tenía marcado el rastro que queda luego de llorar mucho. También notó que en el lugar donde se encontraba el chico todo parecía que estaba muerto; veía árboles talados, cenizas en el aire y ningún rastro de los animales que solían habitar en ese lugar. Al ver esto, el niño preguntó:

- ¿Cómo te llamas?

- Vitae. ¿Y tú?

- Me llamo Spe. ¿En dónde te encuentras?

- En Valle Nuevo.- respondió Vitae.

- ¿QUÉ?!...¡Eso es IMPOSIBLE!- exclamó Spe.

- ¿Por qué es imposible?- preguntó Vitae.

- Porque yo estoy en Valle Nuevo y aquí todo está verde y vivo.- puntualizó Spe.

- Si lo que dices es cierto ¿Por qué yo me encuentro en esta horrible versión de Valle Nuevo?- preguntó Vitae.

- No lo sé. Pero juntos lo descubriremos.- afirmó Spe.

- ¿Lo prometes?

- Sí, pero ahora debo irme. Así que dime ¿Dónde podré verte?- preguntó Spe.

- Podrás encontrarme cuando el sol nocturno se vea por completo allí, donde el cielo y la tierra se tocan, en la punta de ese ser majestuoso que tiende un puente entre el cielo y la tierra.

- ¡Pero... No sé dónde es eso!- dijo Spe

- Usa tus ojos internos y lo encontrarás.- señaló Vitae.

- ¿Podrías ser más específico?- insistió Spe.

- Ya te dije: yo te estaré esperando.

La llama se apagó y Vitae, el niño de la cabellera verde, desapareció.

Spe debía encontrar el puente que une al cielo con la tierra pero, ¡cómo rayos iba a encontrar un puente de esa magnitud!

Pasaron las horas y Spe aún no descifraba lo que Vitae le había dicho, pero al alzar la vista hacia la cima del valle pudo ver a qué se refería con lo del "majestuoso ser". Justo en la punta del pico que dominaba el valle había un gran pino que era comúnmente conocido como "Arbor Vitae". Pudo notar que en el preciso momento en que la luna se colocó sobre dicho árbol, se produjo un hermoso resplandor. Al verlo entendió el mensaje. Así que comenzó a correr

a toda prisa. Al llegar a la cima pudo ver cómo del tronco de Arbor Vitae salía un cuerpo; al fijarse con detenimiento reconoció que se trataba de Vitae.

Spe se dirigió hacia Vitae.

- ¿Spe?

- Sí.

- Tengo miedo.

- ¿De qué?

- Tengo miedo de los homines ignem.- dijo Vitae.

- ¿Quiénes son ellos?

- Ellos son los hombres de fuego. Se les llama así porque queman todo lo que tocan.

- Ya veo, pero dime, ¿qué significa lo que vi en la humareda?

- Lo que viste, Spe, no fue más que una visión de lo que ellos le harán a este lugar.

Al escuchar eso, Spe quedó sorprendido, sobrecogido por la idea de que toda esa belleza quedaría reducida a cenizas. En ese instante recordó cómo las personas talan los árboles, cazan a los animales. Y también se dio cuenta de la indiferencia, del desdén con que muchas personas tratan a la naturaleza. Entonces concluyó que los homines ignem eran los humanos, los cuales sólo pensaban en enriquecerse a sí mismos.

Así que tomó a Vitae de la mano y comenzó a correr hacia el pueblo. Allí fueron al hogar del patriarca. Cuando entraron, este les preguntó:

- Dime ¿qué hace un realengo como tú en mi morada?

- Vine porque deseo que detenga a los leñadores. Quiero que les diga que no talen más árboles.- respondió Spe.

- Jajajajajajajajajajaja. Claro que les diré que se detengan.

- ¿En serio?- preguntó ingenuamente Spe.

- ¡Claro! Se lo diré cuando ya no quede nada más aquí.

- ¿Es que no entiendes?, ¡el futuro depende de ello!

- Já,já, no eres más que una rata que quiere llamar la atención.- afirmó con desdén el patriarca.

Al escuchar esto, Vitae haló a Spe por la mano en señal de que debían irse. Cuando llegaron al bosque se dirigieron a una caverna. Al entrar Spe notó unos extraños símbolos en las paredes, así como unas figuras talladas en roca. Spe examinó con mucha atención los símbolos.

erM●γo◆◆&εεζζ■&εεζζ†γo×

- ¿uh?

- La inscripción quiere decir "esta es la caverna de los espíritus de la naturaleza, los cuales sólo deben de ser invocados cuando se les necesita".- señaló Vitae.

- ¿Y cómo los invocarás?- preguntó Spe.

- Observa. Pyrus, ventus, aquos, terra, ustedes nos dan la fuerza, así que, por ello, los invoco para que nos liberen del monstruo que amenaza todo lo hermoso.

Cuando Vitae concluyó la invocación, las figuras de roca comenzaron a agrietarse. De cada una de ellas salió un rayo de luz. De la caverna salieron cuatro rayos de luz, en distintas direcciones. Uno remontó a la altura, hacia el cielo, provocando un huracán. Otro se dirigió al río Nizao y provocó que subiera el nivel de las aguas. El tercer rayo entró por una grieta del suelo y provocó un terremoto que destruyó el pueblo. El último rayo cayó en una fogata y provocó un incendio. Ante esas manifestaciones, todas las personas huyeron.

Pasó el tiempo. El bosque se recuperó. Spe regresó al lugar en donde conoció a Vitae. Sentía una profunda necesidad de encontrarse con Vitae, de hablar con él, pero antes de llamarlo, descubrió que este venía a su encuentro.

- ¿Podrías decirme cómo es posible que me recordaras, si se supone que yo hablé con tu yo del futuro?- preguntó Spe.
- Eso es fácil de explicar. Eso se debe a que yo puedo ir donde me plazca en el tiempo, éste no me afecta. Claro, todo tiene su manera de ser, y para yo poder existir, mi otro yo también debe vivir.
- ¿Otro tú?- preguntó intrigado Spe.
- Sí; me refiero a "Arbor Vitae". Nosotros somos una sola entidad separada en dos. Ya lo entenderás, pero ahora debo irme. Quiero que prometas que siempre seremos amigos.
- Lo prometo.

Y así Vitae se fue. El tiempo pasó y Spe envejeció. Murió a los 90 años de edad. Y por su gran amor hacia Vitae ahora en el tronco de Arbor Vitae se puede ver una bella epidendrum wrightii.





Cristal

Por: Koichi Kasahara Fernández

Viernes. El día comenzó con una mañana tan hermosa como fue de espectacular, en la noche, la luz de la luna llena en la arboleda. Desde temprano un humilde hombre, don Alfonso, se preparaba para salir a trabajar a una de las panaderías de San José de Ocoa. Julia, su esposa que estaba embarazada de niña, y Camila, su hija, lo esperaban en el comedor para desayunar. Esa mañana don Alfonso se sentía agobiado por la situación económica en que se encontraban. Al terminar de desayunar, Alfonso se levantó de su silla y se dirigió a la puerta principal. Oyó la voz de Camila que le dijo:

- Bendición, papi. Espero que todo le vaya bien.
- Alfonso sonrió. Fue donde Camila, le dió un beso:
- Que Dios te bendiga, hijita.
- Adiós, mi amor – le dijo a su esposa con ternura.
- Julia lo abrazó: - Adiós, querido.

Alfonso se marchó en su Toyota Corolla del 90, de un color verde parecido al de las inmensas montañas de Loma Adentro.

Cuando llegó a la panadería encontró a una joven vestida de blanco, de pelo negro, ojos azules como el color del cielo, y una piel tan clara como las aguas del Rio Nizao, sentada al lado de la puerta principal del local que estaba cerrada.

- Buenos días, señorita, ¿En qué la puedo ayudar? ¿A quién espera? ¿No ha visto a nadie más por aquí? ¿Usted sabe si están trabajando? - preguntó Don Alfonso un tanto confundido.

La joven permaneció en silencio. De pronto, se acercó corriendo uno de los compañeros de trabajo de Alfonso; al verlo venir, salió a su encuentro.

- Alfonso- le dijo el compañero- te estaba esperando. El jefe nos mandó a subir a la loma, antes de preparar la masa, porque hay un pedido muy grande de pan para el fin de semana y hay que buscar la leña para los hornos.
- Así será. Nos vamos de una vez.- respondió Alfonso.

Cuando se volvió a explicarle lo sucedido a la muchacha, ella ya no estaba. Mientras hacían el recorrido hacia los altos montes en una camioneta, Alfonso conversaba con sus compañeros. En eso, vio a la orilla del camino una muchacha vestida de blanco: era

la misma que encontró junto a la puerta de la panadería. Como nadie dijo nada, no dijo nada a sus compañeros; prefirió mantener en secreto aquella extraña coincidencia. Después de una hora de camino, llegaron a un llano en el alto del monte, cubierto por pajones y pinos criollos.

– Cada uno coja un colín – ordenó uno de los integrantes del grupo.

Alfonso tomó el suyo y se apartó del grupo, en busca de leña. Encontró un pino joven, no muy grueso, excelente para leña. Cuando iba a cortarlo, oyó muy cerca, una voz de mujer: Alfonso se detuvo. Buscó quién le hablaba. Para su sorpresa, era la misma muchacha:

– ¿Por qué me haces esto? – exclamó la joven, compungida. .

– ¿De qué me hablas si yo jamás te he hecho nada? ¿Estás loca o qué? – exclamó Alfonso.

De un salto, la joven se colocó al lado de Alfonso y le dijo:- Sígueme...

Don Alfonso no sabía qué hacer. Tenía que cumplir con su trabajo, pero, sobre todo, estaba intrigado con la muchacha, asombrado, deseoso de conocer más acerca de ella.

- ¿A dónde me llevas? – preguntó– Debo regresar con mis compañeros, si no pensarán que me perdí.

La joven no respondió. Continuó caminando en silencio. Era evidente que quería mostrarle algo a Alfonso, que la seguía. Ya eran las doce del medio día. La muchacha se detuvo al borde de una colina, y con su mano derecha señaló en dirección de un río que corría al pie de la ladera.

Don Alfonso notó, a orillas del río, a un hombre grande que había atrapado un conejo y vio cuando lo mató con una pala, de un golpe en la cabeza. Don Alfonso no pudo contenerse, y gritó:

- ¡Animal! ¿Cómo puedes hacerle eso? –

Pero fue en vano. El cruel hombre no lo oyó. La joven le dijo:

- Tus amigos creen que estás allá bajo, así que no te preocupes por ellos....

- ¿Quién eres?- preguntó Alfonso.

- Cristal – susurró la joven – me llamo Cristal.

Don Alfonso guardó silencio. Cristal dijo:

-Eso que acabas de presenciar no se compara con lo que verás. Alfonso, consternado, le preguntó: - ¿Tú ta' relajando, verdad?

La joven le pidió que la siguiera nuevamente. Mientras caminaban, la joven le habló a Alfonso.

- Las plantas de este valle son algo importante para mí, al igual que los animales. Si ellos sufren, yo sufro más. No hace mucho que cortaron los manaclares, los quemaron cruelmente, eso me dolió demasiado. ¿Viste a ese conejo? No imaginas cuánto sufrí cuando vi eso... Los pajaritos ya no cantan como lo hacían, con alegría. Los ríos, si no se secan, se vuelven sucios y feos. La naturaleza de este hermoso valle acoge con generosidad a un sin número de personas que vienen a visitar y, a cambio, nos pagan con deforestación y contaminación.

Cristal, no pudo contener sus emociones y se echó a llorar; sus lágrimas eran tan claras como el agua de los caños. Una honda tristeza sacudió a Alfonso y lloró:

- De verdad lo siento... Lo que pasa es que este país se está yendo a pique. La gente ya no es como antes. Lo único que le preocupa es el dinero. Los que no tienen empleo ni oficio hacen los trabajos más absurdos, como vender animales en la calle, cortar madera para hacer tirapiedras, entre otras cosas estúpidas. Yo, afortunadamente, trabajo como panadero y tengo una familia.

La joven secó las lágrimas; una dulce sonrisa resaltó aún más la belleza de su hermoso rostro. En ese preciso momento, la pareja se transportó por los aires a una llanura en la que abundaban las flores y los animales. Las cayenas engalanadas salpicaban el lugar de rojo encendido. Las ciguas volaban libremente por el aire hacia sus hogares. Los lagartos y demás animales terrestres caminaban por la hierba suave, humedecida por el rocío matutino.

- ¡Es lo más bello que ojos jamás hayan visto en este país! – exclamó Don Alfonso, asombrado por tan bello panorama.

- Así sucede cuando la gente cuida su entorno con amor, dedicación y respeto. – dijo Cristal -. Ahora te enseñaré las consecuencias del descuido, del desamor, del maltrato.

Alfonso ya tenía una idea de qué podría ser. Aun así, cuál fue su sorpresa cuando Cristal le mostró el sitio donde estuvieron sus compañeros: encontraron muchos árboles cortados y basura regada donde hicieron un "cocinao". Alfonso notó que aún estaba encendida la fogata. Vio como el fuego se fue extendiendo y alcanzó otros árboles hasta incendiar el bosque.

Cristal, al percatarse de que Alfredo sufría, lo llevó de vuelta a la llanura de las cayenas. Alfonso le dijo:

- Cristal, dime qué puedo hacer. No puedo permitir que quede impune lo que hizo la gente con la que trabajo. Son unos irresponsables. Tienen poca conciencia. Pero no sé qué puedo hacer... Quizás son tan sinvergüenzas que son capaces de pedirle al jefe que me despida....Y yo no quiero eso, no puedo arriesgarme. Como te dije, tengo una familia y

mi esposa está embarazada. Si pierdo mi trabajo, no tendré manera de cuidar de todos.

- No te preocupes por eso – le dice la joven -. Solo ten fe y todo saldrá bien. Ahora quiero que te comprometas a algo.
- ¿A qué? – le preguntó Alfonso –
- Quiero que, cuando tengas tiempo, vayas al valle, con tu familia; yo estaré ahí.

Alfonso, conmovido, si bien algo confundido, sonrió y se despidió de la joven con un beso. Alfonso llegó a su casa cerca de las siete de la noche. Cuando entró sintió la felicidad de su hija Camila que corría hacia él.

- ¡Papi! ¡Papi! ¿Cómo te fue? – preguntó entusiasmada
- Muy bien, mi amor.

En ese momento, salió Julia de la cocina:- Cariño. ¿Cómo te fue en el trabajo? Alfonso sonrió ampliamente y le dio un gran beso a su amada, acariciándole la pancita donde se encontraba su futura hija. Al parecer Julia había preparado una exquisita cena y ya estaba lista para servirla. Ya en la mesa Alfonso, que seguía repasando lo sucedido en ese día, dijo:

-Estuve pensando en que quizás podemos ir mañana de excursión para que conozcan un lugar que visité hoy.

Julia y Camila estuvieron de acuerdo con la idea. En la madrugada, Alfonso se levantó para hacer un poco de ejercicio y mojar las matas antes de la salida del sol. A las ocho de la mañana estaban listos para salir. Aún hacía frío. Julia y Camila llevaban puesto abrigos y pantalones largos. Después de una hora de camino llegaron al valle donde Alfonso estuvo con sus compañeros. Alfonso se dio cuenta de que allí había ocurrido un cambio radical: habían más animales, las flores lucían más coloridas y vivas, y los árboles parecían más altos.

Julia, asombrada por la belleza del lugar, notó un grupo de mariposas llamativas que se le acercó y colocó pequeñas y vistosas semillas sobre una piedra. Y luego aparecieron otras y otras y otras con otras semillas. Al verlas Camila dijo: - ¡Vamos a sembrarlas todas! ¡Vamos!

Alfonso y Julia se miraron sonrientes y, sin decir más, comenzaron a cavar y a sembrar, aquí y allá, las semillas.

- ¿Ahora, cómo las mojamos?- preguntó Julia- Hemos sembrado tanto y no hay niquiera un cañito por aquí.

Entonces comenzó a llover. Y llovió tanto y con tal intensidad que decidieron meterse en el auto. Alfonso se quedó un largo tiempo contemplando el valle. Allá, en el fondo, para su sorpresa, vio una figura femenina, vestida de blanco, junto a un pino. Era Cristal, que le sonreía.

De camino, Julia preguntó:

- Mi amor, ¿Todavía no has pensado en que nombre le pondremos a nuestra bebé?

Pensativo y sonriente, Don Alfonso dice:

- Cristal, la llamaremos Cristal...



Mi dibujo del Halcón Peregrino



MI DIBUJO DEL HALCÓN PEREGRINO

Por: Endhira Venecia Moreta Núñez

En mi amado país de República Dominicana, situado en el Archipiélago Antillano, un país de playas y palmeras, donde la gente te acoge con sonrisas, ofreciéndote lo mejor de sus costumbres y cultura, hay un lugar recóndito, intrigante, mágico y maravillosamente envolvente. Sólo de observar sus ríos y manantiales, sabes que te encuentras en un paraíso silvestre donde el olor a bosque húmedo embriaga los sentidos y la brisa fresca da una sensación de paz.

La caoba, el gri-gri, el almácigo, y el mangle rojo captan la atención con su majestuoso espectáculo de ramas y hojas bailando al son del viento. Si algún día te encuentras en ese lugar donde habitan solenodontes, jutías, y manatíes, donde el canto de las aves y el vuelo sublime de las gaviotas en los aires inspiran a soñar más, a pedir más, a aferrarte a esta tierra y cuidarla más para entregarla sana a las generaciones futuras... sabrás que te encuentras en el lugar donde crecí, donde de pequeño dibujaba en hojas blancas todo lo encantador que mis ojos podían apreciar. Es por todos bien conocido como el Parque Nacional del Este, pero para mí era más que un parque, era mi escape, mi lugar de paz e inspiración.

Nací y me crié en la provincia de La Altagracia, entre los poblados de Boca de Yuma y Bayahíbe. Mi familia era pobre. Una familia numerosa de siete hermanos, en una pequeña casa de madera con techo de hojas de zinc oxidadas y con agujeros. Todo era estrecho, solo habían dos habitaciones en las que nos acomodábamos mis padres, mis hermanos y mis dos abuelos. Tenía un pequeño baño, una cocina reducida y en la sala apenas cabían dos muebles. Me sentía cohibido en mi propia casa y a pesar de que teníamos un patio con árboles de todo tipo, para mí no era suficiente ya que amaba aspirar bocanadas de aire puro y fresco, hasta que sentía que se me llenaban los pulmones. Por tal razón, cuando llegaba al Parque del Este me sentía libre, sin límites, como si fuese una de las tantas aves exóticas que allí habitaban. Amaba cada árbol, cada pez, cada ave, cada mamífero, cada gota de agua, y cada ráfaga de viento que encontraba allí. Recuerdo que solía trepar a los árboles a observar los huevecillos en los nidos de las aves y llevaba migajas de pan para las palomas coronitas que recorrían el parque en busca de alimento.

Todas las tardes, después de la escuela, volvía a casa, de prisa, a deleitarme con los platos típicos que solía preparar mi abuela. Aunque vivía en una zona en la cual abundaban los hoteles y lugares turísticos, no existía para mí mejor lugar que esa humilde casita. Luego de ayudar con los quehaceres de la casa, salía con mis hermanos al parque. Pero al

llegar allí cada quien tomaba una ruta diferente. Siempre llevaba conmigo hojas sueltas que me regalaba Don Luis, el dueño de la imprenta del pueblo.

Don Luis era el más entusiasta admirador de mis dibujos. Siempre insistía en que algún día yo llegaría lejos con mi talento. Con mucha generosidad me regalaba cuantas hojas deseara; a cambio debí mostrarle todos y cada uno de mis dibujos. Ese era nuestro trato: antes de ir a la escuela, le mostraba lo que había dibujado la tarde anterior. No es por exagerar, pero juraría que se sentía orgulloso de mí. Una vez dibujé un águila que apareció por sorpresa en el parque, embelleciendo aún más aquel lugar con su imponente semblante. Cuando vio el dibujo se le humedecieron los ojos de la emoción; me dio un efusivo abrazo, sin dejar de reiterar lo mucho que creía en mí. Me animaba a que siguiera adelante con mi arte, pues confiaba en que llegaría lejos y él esperaba estar allí para verme lograrlo. Sin duda alguna, sus palabras me sirvieron de aliento e inspiración.

Con el tiempo, y con cada dibujo, el manojito de hojas se convirtió en mi primer cuaderno de dibujo. Allí plasmaba la belleza de todo lo que mis ojos podían apreciar del parque. Nunca había estudiado arte, ni mucho menos, pero era evidente, a todas luces, que había heredado el talento de mi padre, quien se dedicaba a pintar y vender cuadros a los turistas en playas y tiendas. Así se ganaba la vida dignamente. Así mantenía a una numerosa familia con la ayuda de mi madre, quien trabajaba en casas de familias de terratenientes de la zona.

Los fines de semana el parque solía llenarse de turistas de todas partes del país y del mundo. En cierto modo me molestaba ver cámaras fotográficas por doquier, ya que a mi entender nada era tan emocionante como grabar la imagen en mi cabeza, retenerla ahí y luego plasmarla a mi manera en el cuaderno de dibujo. Pero tampoco podía culparlos; tal vez no sabían dibujar o no disponían del tiempo necesario para hacerlo. Tal vez... solo tal vez: por eso amaba tanto el lugar, más que por lo que representaba en sí mismo, por lo que yo veía en él, cómo me sentía allí y la forma como cada dibujo reflejaba parte de mí.

Así pasó mi infancia. Conocía cada rincón del parque, incluyendo las recónditas rutas de acceso a las magníficas cuevas que custodiaban expresiones gráficas, de arte rupestre taíno o acaso de pueblos, que vivieron antes allí. Me sentía como todo un explorador en aquel lugar. Tampoco las playas guardaban secretos para nosotros. Recuerdo que, aunque no eran muy comunes, llegué a ver una que otra tortuga marina. Fascinado por el descubrimiento, comencé a dibujarla, como era mi costumbre con cada cosa que llamaba mi atención, ya fuese un árbol exótico o el halcón peregrino que se escapaba justo antes de comenzar a dibujarlo.

No me cansaba de ir una y otra vez al parque. Cada día exploraba y descubría. Encontraba nidos en la copa de los árboles, veía a los árboles crecer y a los animales jugar con sus crías. Cuando la flora y la fauna silvestre imponían su dominio y la madre naturaleza cuidaba celosa lo que le pertenecía, amaba ver el parque, amaba olerlo, estar allí, sentirlo y vivirlo. Cada vez que trazaba una línea en mi cuaderno, era como si trasladara allí el momento justo en el que estaba viviendo, era como si fuese una especie de fotografía, era como si en el lugar solamente existiéramos la naturaleza, mi cuaderno, y yo... ¡era mágico!

Cada atardecer cuando el sol se ponía, mis hermanos y yo regresábamos a la casa. Nos bañábamos, cenábamos y preparábamos todo para ir a la escuela por la mañana. Mientras trataba de conciliar mi sueño, todavía sentía el olor a bosque y manantial, sentía la brisa fresca en mi rostro y me enorgullecía de cada dibujo terminado. Oraba a Dios todas las noches. Le pedía por la salud y el bienestar de mi familia, por mis amigos, vecinos y compañeros, pero muy en especial le agradecía el hecho de ser pobre... ¡Sí!, de ser pobre, ya que si hubiera sido rico de seguro hubiese vivido lleno de vanidades, en una casa grande y lujosa rodeado de sirvientes sumisos, en cursos de música, inglés y piano, con amigos de mi misma clase social, sin poder salir al patio a ensuciarme, sin poder sentirme libre. Lo agradecía en el alma, profundamente, agradecía ser pobre. De no haber sido por esa condición quizás no hubiese descubierto ese maravilloso lugar que me hacía sentir a plenitud, y tal vez ni siquiera sabría apreciar la naturaleza, ni respetarla tanto como lo hacía... Es más, me atrevería a decir que ni siquiera habría descubierto mi talento artístico. Pero como ese no era mi caso, simplemente agradecía a Dios la vida que me había dado y la que me había tocado vivir.

Mi madre solía hablarnos, a mis hermanos y a mí, acerca de los hijos de los hacendados para quienes trabajaba. Eran frívolos, presumidos y altaneros. Ella se preocupaba por inculcarnos valores para que fuésemos personas sensibles, amables y respetuosas, no sólo con los demás, sino con la naturaleza y entre nosotros mismos. Yo le dije que si algún día llegaba a tener dinero y me iba a vivir lejos, jamás me olvidaría de mis raíces ni de mi amado parque; ¡jamás! Por eso cada vez que estaba en el parque y veía una botella, un papel, una bolsa plástica o cualquier otro tipo de desecho me encolerizaba. Pensaba: "¿Para que vienen si no hacen más que dañar y ensuciar?". Me enojaba mucho cuando las personas no respetaban ni apreciaban lo que la naturaleza les brindaba desinteresadamente, sólo para su disfrute y aún así eran unos malagradecidos con ella.

¡Depredadores!, ¡desconsiderados!

Había un señor encargado de la limpieza del lugar llamado Flavio. Todos los fines de semana limpiaba el área con un grupo de trabajadores. Mis hermanos y yo nos sumábamos a ese esfuerzo sin pedir nada a cambio, solo por el placer de ayudar a conservar lo que nos era tan importante. A pesar de lo que hacíamos, estaba consciente de que muchos peligros asechaban al parque ya que los frutos que brindaba eran vulnerables a la explotación. Flavio nos contó que cuando el programa Parques en Peligro comenzó a apoyar al Parque del Este en 1993, éste ya era uno de los parques más conocidos de la República Dominicana. Y que se había elaborado un plan de manejo para el parque. Sin embargo, no recibieron los recursos necesarios para ponerlo en ejecución. A excepción del personal del Servicio de Parques de la República Dominicana, no lograron formar un grupo de apoyo al Parque del Este. Sin embargo ya existían asociaciones y juntas que se habían comprometido a cuidar de éste. Eso me alivió mucho, y esperaba que esas personas honraran su compromiso. Sí, eso esperaba; no quería que el manejo del parque cayera en manos de personas interesadas, deseosas de cambiar la belleza, la majestuosidad de este, por unas cuantas monedas. Ese era mi mayor temor.

Mi afán por dibujar el halcón peregrino seguía latente en mí. Estaba siempre en alerta, atento a que se presentara la oportunidad. Observaba cuidadosamente por si alguno se posaba en la rama de algún árbol, pero no me favorecía la suerte o el destino. Cuando no salía volando, algo lo espantaba, ya fuera un ruido, una posible presa u otra ave. Algún imprevisto me impedía captar su imagen y registrarla en mi cuaderno para siempre. Pero intuía que algún día, no importaba cuándo o cómo, lograría dibujar al fascinante halcón peregrino. Esa era mi ilusión y mi certeza.

Con el paso del tiempo mis dibujos se fueron acumulando; mi cuaderno triplicó en tamaño. Mucho había cambiado. Ya cursaba el cuarto curso del bachillerato. Mis anhelos no eran los mismos. Tenía metas trazadas, planes de futuro e intención de ayudar a mi familia. Mis hermanos también expresaban deseos de triunfar, de llegar a ser “alguien” en la vida. Mi hermano menor, que apenas estaba en el 7mo curso de la primaria, aspiraba a ser dentista. ¿Qué quería?: aún no lo sabía específicamente. Pero tenía claro que, tal y como me había dicho Don Luis, mi futuro iba de manos con mi arte. Y tuvo razón.

Un día llegó al pueblo un gran empresario, reputado conocedor de arte y literatura. Estaba de paseo por el pueblo y aprovechó la ocasión para encargarle a Don Luis que le imprimiera los volantes para una exposición de pintura y dibujos en una de sus galerías. Cuando fue a recogerlos, se fijó atentamente en varios de mis dibujos que Don Luis había colocado en la pared de la imprenta. Sobre todo, se detuvo largo tiempo a contemplar el dibujo de la tortuga marina.

Quedó encantado. Visiblemente impresionado, le pidió a Don Luis que le presentase al autor de aquel dibujo extraordinario. Según dijo luego, advertía en mi arte algo que rara vez encontró reflejado en otras obras: naturalidad y autenticidad. Sin perder tiempo, Don Luis me mandó a buscar con Felipito, un vecinito. Yo estaba haciendo la tarea de ciencias sociales y escuchando las noticias en la radio cuando llegó el niño a mi casa, agitado de tanto correr, y vociferando a todo pulmón que Don Luis necesitaba verme con urgencia, lo más pronto posible. Acudí a toda prisa a la imprenta.

Al llegar noté a un hombre entrado en años, delgado, de tez blanca, que usaba lentes y sonreía con facilidad. Parecía el típico empresario exitoso que siempre veía en la televisión. Nada más conocerlo y cambió esa primera apreciación. Cuando llegué observaba detenidamente mi dibujo, como si quisiera adentrarse en este. Busqué a Don Luis. Estaba recostado en el mostrador. Su sonrisa un tanto traviesa, que bien conocía, era la de quien disfrutaba de la ocasión. Me presentó al señor Arturo Espinal, conversamos por un rato y el señor quedó bien impresionado con mi manera de ver la vida, mis aspiraciones para el futuro, mi compromiso con mi familia y con los míos, el modo como vivía y entendía mi arte. Descubría en mí la humildad que había buscado en otros jóvenes talentosos.

Don Luis no podía ocultar lo emocionado que estaba: al fin alguien más, aparte de mi familia y él, apreciaba mi talento. El señor Espinal me pidió que le enseñara mi cuaderno de dibujo y que lo llevara al Parque del Este pues no había tenido la oportunidad de visitarlo. Entusiasmado por su reacción, me ofrecí a mostrarles mis dibujos, mi esfuerzo sostenido de años en los que plasmaba parte de mi historia.

Llevé al señor Arturo a casa luego de la visita al parque. Al llegar saludó a mis padres y a mis abuelos. Luego de que se acomodara en la galería, en una silla plástica, le mostré los dibujos. Y como si estuviera degustando un succulento manjar, se puso a hojear, a observar con atención, sin prisa, cada uno ellos. Traté de explicarle, de describirle cada uno de ellos, pero me interrumpió, llevó el índice a los labios y me pidió silencio. Después de un largo rato sin despegar la atención del cuaderno levantó la mirada, se quitó los lentes y me dijo con voz seria: "Tengo planes contigo, jovencito". Esa fue la puerta que me abrió paso al mundo. Esa fue la oportunidad que necesitaba, el golpe de suerte que tanto Don Luis como yo anhelábamos. Inmediatamente se fue a hablar con mis padres a solas. Al regresar a la galería, mis padres me dieron la maravillosa noticia de que iría a estudiar arte a la ciudad de Santo Domingo. ¡Salté de júbilo! Y con la esperanza pintada en mi rostro le agradecí infinitamente al señor Arturo la oportunidad tan valiosa que me brindaba.

Pasaron dos meses. Lo de mi viaje a Santo Domingo estaba arreglado; un chofer habría de pasar por mí al día siguiente. Mi familia organizó una gran comida de despedida:

sancocho, carne de cerdo, moro de güandules con coco y la famosa "bandera", fueron algunos de los platos que mi familia preparó con esmero ese día. Todos estaban extremadamente felices ya que por gracia de Dios yo había obtenido una beca, con todos los gastos pagos, para ir a vivir a la capital y estudiar arte. A mi fiesta de despedida asistieron familiares, amigos, compañeros de clase, y por supuesto, Don Luis, mi gran amigo.

Luego del maravilloso compartir, donde bailamos y disfrutamos a más no poder, decidí tomar mi cuaderno de dibujo e ir al parque. Algo me decía que no volvería a verlo como entonces. Pero suponía que ese sentir era fruto de la tristeza: este lugar formaba parte de mí y era duro, muy duro, tener que despedirme sin saber cuando volvería a verlo. Al llegar, lo primero que hice fue aspirar el aroma que me trajo el viento, proveniente de sus aguas, y de las hojas de los árboles. Sonreí, observé a mí alrededor; todo parecía estar en calma, en paz, armonioso... hubiese jurado que el lugar también se despedía de mí, pues nunca había visto ni sentido tal majestuosidad. Es cierto que cada vez que lo visitaba me aferraba más a él; pero en esta ocasión sentí, por primera vez, que había llegado a un límite, que no podía quedarme, pues debía seguir mi camino. Cada árbol y cada ave, animal o ser viviente que se encontraba allí hacía gala de su belleza, como si lo hubiese ensayado, como si supiera que no volvería a visitarles en mucho tiempo... y lloré, lloré de tristeza, de emoción. Me dolía dejar atrás el parque.

No sé cuando sucedió pero, de un momento a otro, noté mis mejillas empapadas de lágrimas; sin haberme ido, ya extrañaba mi amado parque. Pasaron aproximadamente dos horas y con la esperanza al filo de que por fin pudiera dibujar al halcón peregrino, recorrí el parque sin encontrarlo. Entonces me senté en el pasto y entre lágrimas y suspiros dibujé, por esa última vez, la planicie completa del parque. Esperé un rato. Decidí marcharme, no sin antes reafirmar mi deseo de dibujar al halcón peregrino. Regresé a casa, herido por la tristeza, animado por las promesas de futuro, convencido de que volvería y de que entonces encontraría al halcón peregrino.

Al día siguiente, en horas tempranas de la mañana, el chofer llegó a la casa. Las maletas estaban preparadas; sólo faltaba subirlas al auto. Pero lo más difícil de todo era despedirme de mi familia y de Don Luis, que allí se encontraba. Les dediqué a todos una enorme sonrisa. Con brillo en sus ojos, mi padre decía lo orgulloso que se sentía. Mis hermanos estaban emocionados: decían que me convertiría en el mejor pintor de todos los tiempos. Me causaba gracia que esperaran tanto de mí, pero agradecía inmensamente el apoyo y la confianza. Mis abuelos me dieron la bendición. Mi madre no paraba de sollozar. Me dijo: "sé que es lo mejor para ti, mi hijo, serás un gran hombre". Sus palabras me conmovieron y volví a abrazarla una y otra vez. Y Don Luis... Don Luis, aquel hombre

que había creído en mí, que fue mi mentor y mi apoyo, aguardaba a un lado, con sonrisa satisfecha, asintiendo con la cabeza. Con un enorme abrazo me despedí y le prometí que jamás me olvidaría de él, que mi primera obra profesional se la dedicaría a él por creer en mí. Entonces, entre sonrisas y lágrimas, subí al auto. Cuando se puso en marcha, le dije adiós a mi familia, a mi vida, a mi casita y al parque del Este. Me iba con la esperanza de volver pronto con todos mis sueños realizados y más aún, de ver a mis hermanos, de volver al parque y cumplir mi promesa de dibujar al halcón peregrino.

Pasaron seis años en los que me dediqué de lleno al arte. El señor Arturo se convirtió en un segundo padre para mí. Me brindó un hogar, trabajo, un oficio, oportunidades inmensas, buenas perspectivas de futuro. En esos años salí a conocer mundo. Asistí a conferencias, participé en exposiciones individuales y colectivas, conocí otros artistas, aprendí idiomas. En verdad, aprendí mucho. Amplié mi cultura y profundicé en el dominio de la técnica y en el sentido de mi obra. Mi trabajo se comenzaba a conocer dentro y fuera del país. Era mucho más que lo que soñé. Al principio fue difícil adaptarme al cambio en el estilo de vida, pero luego me adapté. Me mantenía en contacto con mi familia. Les llamaba diariamente, por más ocupado que estuviese; ellos siempre me contestaban con alegría y cariño. Cuando comencé a ganar dinero, no tardé en enviarles más de la mitad de lo que recibía, pues sentía una gran deuda y responsabilidad con ellos. Más tarde ayudé a financiar los estudios universitarios de uno de mis hermanos.

De mis dos hermanos mayores, uno ya era licenciado en contabilidad y el otro era dueño de una carnicería. Mis padres y mis hermanos se habían mudado a una casa amplia y cómoda, con suficiente espacio y habitaciones. Mis abuelos seguían en salud, gracias a Dios, y parecía que todo en el pueblo marchaba bien. Pero, ¿realmente marchaba bien?... ¿O eso me hacían creer? Porque de todas las cosas que conversábamos nadie daba noticias ni comentaba qué sucedía en el Parque del Este. Era extraño pero, por un largo tiempo no caí en cuenta de la omisión, pues para mí todo marchaba perfectamente.

Sentía la emoción en las venas. No podía negar lo excitado que estaba. Regresaba a mi pueblo, luego de seis años de ausencia. Eran las seis de la mañana. Tenía conmigo mi antiguo cuaderno de dibujo y llevaba, en el asiento del pasajero, el primer cuadro que dibujé como artista profesional. Iba a regalárselo a Don Luis; así cumplía con la promesa que le había hecho. Luego de varias horas de camino, llegué a mi pueblo. Mi hermano me esperó frente a nuestra antigua casa para llevarme a la otra. El lucía diferente, más maduro, más hombre. Nos saludamos con un fuerte abrazo. Al llegar a casa todo fue risas y alegría. El reencuentro fue memorable. Me pasé la mañana contándoles mis experiencias, anécdotas de lo que había vivido, del éxito alcanzado, y de que era feliz a pesar

de que los extrañaba muchísimo. Me alegró inmensamente ver a la familia, contenta y unida... al parecer todo marchaba bien. Más tarde, mientras mi madre preparaba la comida con mi abuela, decidí ir al parque. Una intensa corriente de adrenalina sacudió mis sentidos cuando me sentí en camino a aquel lugar que tanto añoraba y que tanto me había dado.

Comencé a recorrer los senderos que recordaba que conducían al parque. Llevaba en mis manos el viejo y desgastado cuaderno de dibujo, un lápiz y hojas en blanco. A medida que me aproximaba divisé varios letreros con advertencias. Unos decían "Peligro, área privada", y otros, "No cruzar, área de construcción". ¡Por fin! –pensé emocionado. – ¡han de estar remodelando el parque o quizá están creando alguna reserva forestal!, Me sentí alegre porque creía que alguien se había hecho cargo de la conservación del parque. ¡Qué ingenuo! Mientras más me acercaba, más inquieto estaba, más confundido me sentía. En vez del aroma a bosque húmedo, percibí un fétido olor a quemado, como si hubiesen estado quemando árboles. ¡Oh no!, algo malo pasaba.

Aceleré el paso: lo que encontré cuando llegué a la explanada principal del parque me dejó horrorizado. Prácticamente la mitad del lugar estaba destruido. Mi cuaderno de dibujo cayó al suelo. Me tembló el pulso. Se me estremeció el cuerpo. Caí al suelo. Lloré de rabia e impotencia. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué había pasado? Estaba desconcertado, indignado, incómodo, pero sobre todo, furioso. Recogí el cuaderno, me levanté del suelo. Miré a todos lados. Noté que de las tantas y tantas aves que antes habitaban allí no se escuchaba ninguna. Apenas pude ver una o dos gaviotas y una que otra cotorra en los pocos árboles que permanecían en pie, intactos. El suelo estaba erosionado. Al parecer, la quema y el corte de árboles ocurrían con frecuencia. Sabía de personas que, años atrás, se dedicaban a cortar árboles para vender carbón, pero nadie jamás había intentado cortar siquiera una rama en el Parque. Obviamente, eso había cambiado; el lugar estaba devastado. Seguí caminando, furioso y secándome las lágrimas. Mi infancia, mi vida, mis sueños depositados en aquel lugar ya estaban carcomidos por lo que estaba viendo. Di un vistazo al lago, se secaba, por todos lados se veía basura, estaba contaminado. ¡Dios, el lago, contaminado! ¿Qué habían hecho? ¿Quiénes eran los culpables? ¿Cómo era posible que sucediera algo así? Seguí dando vueltas por el Parque y donde antes hubo hermosos árboles de caimito, tamarindo, jagua, quedaban tocones, tierra yerma y olor a quemado. Las cuevas con los petroglifos taínos, permanecían intactas, al menos. Y donde antes proliferaban enormes panales de abejas, no quedaba nada. Me sentí abatido, dolido y traicionado. Miraba por todos lados y no pude ver a nadie. Aquel lugar, antes lleno de vida, ahora parecía desolado y lúgubre. El parque no era el mismo. Casi no se percibían señales de vida. ¿Moría la naturaleza? Se me derrumbó el ánimo. Mi corazón estaba hecho añicos.

Bajé la mirada, la luz del lugar tampoco era la misma... Entonces lo vi. Vi al imponente halcón peregrino. Estaba posado en un tronco cortado tirado en el suelo. Me quedé observándolo. Me llamó la atención su quietud. El ave tenía la vista fija en el horizonte. No atinaba a entender si me ignoraba, si sabía que estaba allí o si me esperaba. Aún sin secar mis lágrimas, sentidas, incontenibles, tomé el lápiz. Sospechaba que bien podía ser la última oportunidad que tendría para dibujarlo. Comencé con finos trazos. Rápidamente el dibujo cobraba vida. Luces, acentos, sombras, contrastes, líneas: la mano fue recreando aquella imagen que conocido toda la vida. El halcón peregrino permanecía inmóvil. Pero no era un posar indiferente. Cada trazo me acercaba al halcón. Sentí que nos unían lazos de vida, recuerdos, quereres compartidos en ese bosque, en ese parque hoy maltrecho que esperaba por un milagro. Nuestro encuentro era, por el momento, una despedida.

Al fin había logrado cumplir mi propósito de dibujarlo. Lo hice perfectamente. Quedé encantado con el resultado. Me sentía conmovido por la experiencia. Sabía que me habían arrebatado el lugar que más amaba en el mundo. Nos lo habían quitado. Antes hubiese dado lo que fuera por poder dibujar al halcón tal y como lo acababa de hacer. Pero nunca quise que fuera en esas circunstancias.

El halcón voló. Su majestuoso vuelo me dejó absorto por unos momentos mientras se perdía en el horizonte. ¿A dónde iba? Volví a observar mi dibujo, ¡era magnífico!, tal y como lo había deseado. Cuando perdí de vista el halcón, tomé el camino a casa, cuaderno en mano, para nunca más regresar.





Todos los derechos reservados
© Fundación PROPA-GAS 2011